

EL AMANTE DE ISABELLA

FRANKLIN DÍAZ

EL AMANTE DE ISABELLA

Por:

Franklin Díaz

Edición exclusiva para su publicación en todos los portales de Amazon en el formato especial Kindle
Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización expresa y por escrito del autor.
Reservados todos los derechos.
El diseño de portada, la maquetación y el interior de este texto son obra única y exclusiva de su autor.
Copyright Franklin A. Díaz Lárez
Tenerife 02 de diciembre de 2.018

***A ti, Teresita,
donde quiera que estés.***

ÍNDICE

Capítulo Primero: ATRAPADO

Capítulo Segundo: LOS CELOS

Capítulo Tercero: LA FAMILIA DE ISABELLA

Capítulo Cuarto: LA DECLARACIÓN

Capítulo Quinto: LA EVASIÓN

Capítulo Sexto: EL MALTRATO

Capítulo Séptimo: LA REUNIÓN

Capítulo Octavo: TREVOR

Capítulo Noveno: IDA Y VUELTA

Capítulo Décimo: EL CHANTAJE

Capítulo Décimo Primero: LA CONFESIÓN

Capítulo Décimo Segundo: EL DESCUBRIMIENTO

Capítulo Décimo Tercero: EL CONSUELO

Capítulo Décimo Cuarto: LA ENTREGA

Capítulo Décimo Quinto: LA ADVERTENCIA

Capítulo Décimo Sexto: LA FELICIDAD

Capítulo Décimo Séptimo: PROBLEMAS

Capítulo Décimo Octavo: EL FINAL

Capítulo Décimo Noveno: EL REGRESO

CAPÍTULO PRIMERO

ATRAPADO

Si el grito del padre Dylan se sintió tan fuerte aquella tarde, fue porque las puertas de la iglesia estaban cerradas. El sonido intentó escapar, pero no encontró por donde.

—¿¡Pero qué hacéis, insensatos!?! —rugió tan fuerte como un león.

Justo en aquel momento, yo estaba a punto de introducir la hostia en la boca tremendamente abierta de mi hermano Bernie. Ya había dicho las palabras sacramentales; "el cuerpo de Cristo", y él contestado con la suya; "amén".

Y no era una de las hostias pequeñas, de las que se da al común de la gente al momento de la comunión, sino de las grandes, de las que tomaba el cura cuando estaba dando la misa. En mi mano izquierda sujetaba la pulida copa del cáliz con su respectivo chorrillo de vino tinto, y para completar la escena, llevaba puesta y arremangada una de las sotanas que usaban los obispos en las misas de mayor pomposidad, gorro incluido.

Por su parte, Bernie se había disfrazado envolviendo el traje del sacristán a modo de turbante sobre su cabeza, simulando ser una de las tantas viejas que a diario iban a misa a comulgar. Toda una puesta en escena.

Al escuchar el bramido, nos quedamos paralizados, tiesos como piedras.

—Ya se lo había dicho yo, padre —dijo el sacristán a su lado—, que estos dos eran incorregible.

Así terminó nuestra primera experiencia en el mundo laboral, si es que a lo de hacer de monaguillo se le podía considerar trabajo. Para nosotros fue más un tiempo de diversión y entretenimiento. Nos disfrazábamos con las ropas del sacerdote y del sacristán cuando la iglesia estaba cerrada; sustraíamos las hostias para comerlas a escondidas; tomábamos prestadas monedas de la colecta para ir a por helados o golosinas, etc. En fin, cosas de niños. Ni siquiera habíamos cumplido los once años de edad. Bernie tenía

diez, y yo solo ocho.

Por la forma que se despidió el sacerdote de nosotros, no pareció que también creyese que nuestras peculiares formas de conducta fuesen simples "cosas de niños".

Mientras huíamos espantados, dejando tiradas a nuestro paso hostias, cáliz pulidos, vinos de consagrar y sagradas vestiduras, pudimos escuchar cuando decía:

—¡Eso es, marchaos y no volváis nunca más! ¡Blasfemos incorregibles!

Jamás lo vimos tan enfadado. Tal vez fue por eso que nunca más quisimos regresar a la iglesia. Nuestra ilusión religiosa se marchó ese mismo día con nosotros.

Muchos años después, una tarde en que la iglesia se encontraba completamente sola y en el más absoluto de los silencios, una figura con forma humana llegó hasta allí arrastrando penosamente la carcasa que le servía de cuerpo. Su rostro compungido dejaba entrever inmensos sufrimientos. Buscaba un lugar tranquilo en el que liberarse de su espíritu, y con ello, de los horribles dolores del alma que de continuo le atormentaban. Esa figura, era yo.

Antes, en mi etapa de preadolescente, tuve una segunda experiencia en el mundo laboral. Trabajé de botones en un lujoso hotel de la ciudad. Acompañaba a los clientes a sus habitaciones, les llevaba las maletas y esperaba las propinas. Lo dejé cuando el tío Bryan enviudó. Mi madre creyó conveniente que en lugar de estar trabajando, me fuese a vivir a Londres con él para hacerle compañía. Se había quedado completamente solo. Ni él ni su esposa quisieron tener descendencia. Me tocó realizar la función temporal de hijo prestado.

El tío Bryan me trató como el hijo que nunca tuvo. Me inscribió a estudiar un curso de auxiliar bancario en la London Banking Academy. Al finalizar los tres años de estudio, había aprobado todas las materias. Me dieron un certificado que acreditaba haber culminado con éxito la totalidad de la formación. Acababa de cumplir entonces los diecisiete años de edad.

Mi madre me pidió que regresara a nuestra casa de Birmingham con ella y mis dos hermanos. Habíamos permanecido separados durante demasiado

tiempo; casi cuatro años. Para entonces el tío Bryan ya se había recuperado por completo de su depresión. Según me enteré mucho tiempo después, cuando partí de su lado lloró tanto por mi ausencia como en su momento lo hizo por la de su esposa.

Mi madre no quería que yo permaneciera por más tiempo separado de ellos. Le sugirió al tío que se comprara una mascota como un perrito o un gatito, o que se buscara alguna forma de entretenimiento para no estar siempre tan solo y tan triste. Y así lo hizo. Fue a la perrera municipal y adoptó a un cachorro de perro salchicha al que puso el nombre de Simba.

Regresé a Birmingham varios meses antes de cumplir la mayoría de edad. Me dediqué a buscar trabajo. Recorrí casi todos los Bancos de mi ciudad entregando fotocopias de mi currículum vitae. En todas partes me decían lo mismo: — Gracias, ya te llamaremos .

Algo tremendamente curioso ocurrió. Precisamente el día que no salí a buscar trabajo, fue que lo encontré. La culpa la tuvo mi hermano Bernie.

—¿En este Banco dejaste también el currículum? —preguntó cuando pasábamos ante el Natwest Bank.

—No —respondí—, este es uno de los que me falta.

—Entremos a preguntar —dijo sin pensar.

Su singular propuesta me sorprendió.

—¿¡Estás loco!?! —exclamé— No traje el currículum conmigo. Tampoco voy bien vestido. Parecemos pordioseros.

—¡Que sí! —insistió con vehemencia— No pasa nada por preguntar ¡Vamos!

Y sin darme tiempo a decir nada más, entró a las oficinas del Natwest Bank, y yo detrás de él.

Efectivamente, ambos andábamos vestidos como vagabundos; chanclas de goma, camisetas de manga corta y pantalones a mitad de rodilla. Adicionalmente estaba el hecho de que sudábamos como cerdos. Estábamos en pleno mes de agosto, cercanos a la hora de mediodía. El calor era inusualmente intenso, muy desagradable. Las temperaturas rondaban los treinta grados centígrados.

Tan pronto nos acercamos al mostrador, un funcionario de algunos cuarenta y tantos años de edad, elegante y pulcramente vestido con traje y corbata, se acercó a preguntarnos en qué nos podía ayudar.

—Queremos hablar con el director —dijo Bernie con desparpajo.

No pensaba antes de hablar. Siempre fue así; decía lo primero que se le ocurría.

—Soy yo —replicó aquel, en tono frío y áspero—, ¿qué querían ustedes?

—Estamos buscando trabajo —soltó Bernie de improviso—. Bueno... —aclaró a continuación—, los dos no, él solamente.

Y me señaló con un gesto de la cabeza mientras volteaba a mirarme.

El director frunció ligeramente el ceño, un tanto extrañado. Después, se inclinó un poco sobre el mostrador para mirarme de cuerpo completo.

—Pero tú... —dijo titubeando—, no tienes apariencia de andar buscando ningún trabajo. Al menos no en un Banco.

—No... —me apresuré a decir con sonrojo—, usted perdone señor director. En verdad no había salido a buscar trabajo hoy. Andábamos por aquí cerca, y me pregunté si no estaríais necesitando personal. Acabo de terminar una formación de aprendiz bancario en la London Banking Academy.

—Mmmm... —murmuró el director—, una gran academia. ¿Trajiste el currículum?

—No —dije apesadumbrado—, lo siento.

—¿Y ya hiciste las prácticas? —preguntó.

De repente vi que pasaba ante nosotros una de las empleadas del banco caminando cual modelo de pasarela de moda.

—¿Qué prácticas? —pregunté despistado contemplando atónito aquella visión.

—Las de ese curso que dices que hiciste —dijo el director, sacándome del momentáneo aturdimiento.

—Ah..., sí..., por supuesto —balbuceé volviendo a mirarle a la cara—, las hice allá, en Londres.

—¿En qué Banco?

—En el Lloyds Bank.

—Mmmm... —murmuró—, eso está muy bien. Un gran Banco sin duda. ¿Y por qué no te quedaste trabajando con ellos en Londres?

—No necesitaban personal cuando terminé la formación. Me dijeron que cuando necesitaran de alguien me llamarían, pero no quise esperar. Tuve que venirme a Birmingham. Tengo aquí mi familia.

—Entiendo —dijo—. Supongo que tendrás la certificación de las prácticas en el Lloyds Bank, y la del curso.

—Así es efectivamente; de ambos. Si usted quiere mañana mismo le traigo copias junto con mi currículum para que les dé una miradita.

—Bueno... —dijo dudando un poco—, ahora mismo estábamos realizando selección para un puesto en el departamento de contabilidad. Ya habíamos terminado de recibir los currículos, pero de todas maneras, trae el tuyo mañana. Se lo mandamos a la dirección de personal y que ellos decidan. No perdemos nada con probar.

—Muchísimas gracias Míster...

—Davies —dijo completando mi frase—; Jeffrey Davies.

—Muchas gracias Míster Davies —dije—. Mi nombre es Franklin, Franklin Díaz.

—Y el mío Bernie —dijo mi hermano, extendiendo su mano también.

Nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, estaba allí vestido de manera mucho más adecuada que el día anterior, y con mi currículum vitae guardado en una carpeta de color marrón.

Dos semanas después, me estaban llamando para ofrecirme el puesto de auxiliar contable, el cual acepté enormemente complacido. Me alegré mucho de que por vez primera en mi vida fuese a tener un trabajo serio, formal.

Debido a que aún era menor de edad, mi madre tuvo que ir al Ministerio de Asuntos Sociales a firmar una autorización especial. Sin ese requisito no me dejaban trabajar.

Fue así como comencé a trabajar en las oficinas del Natwest Bank de la

ciudad de Birmingham.

Desde mi primer día de trabajo hubo alguien que llamó poderosamente mi atención. Se llamaba Isabella. Era la secretaria del director. La misma mujer que había visto antes, el día que con mi hermano Bernie estuvimos hablando con el director.

Resultaba muy difícil no reparar en ella. Poseía una larga cabellera de color dorado resplandeciente a contraluz. Su atractivo físico era extraordinario. Tenía una de aquellas singulares y extrañas bellezas que a primera vista causaba fuerte impresión, incluso espanto.

Era una mujer joven, de veintitrés años de edad. Un poco rellenita, "entrada en carnes", como se suele decir. Pese a ello, no era del tipo de las que comúnmente se les suele llamar "gordas". Era más bien compacta, maciza. De carnes duras, firmes.

Su estatura era media, más bien bajita. Medía aproximadamente el metro con sesenta centímetros. Tenía la nariz respingada, los labios rellenos y sensuales, y unos preciosos ojos azules, redondos, líquidos.

Las tonalidades de su piel oscilaban entre el blanco y el rosa.

Su forma de caminar era muy sensual. Unía las rodillas entre sí a cada paso colocando un pie tras otro justo en el centro de su camino, tal y como hacen las modelos en las pasarelas de moda. Aquella singular peculiaridad le hacía resaltar aun más las formas firmes, robustas y sensuales del trasero.

Muchos de los clientes que iban al Natwest Bank lo hacían solo para mirarla de cerca. Tenía decenas de enamorados. Era el objeto de deseo de hombres de todo tipo; solteros, casados, viudos, divorciados, jóvenes, viejos, etc., y de no menos de una mujer. Despertaba una especie de euforia entre la gente, cuando menos sorprendente.

Cualquiera se atemorizaba estando cerca de ella. Irradiaba una singular energía que, o te atraía, o te espantaba. Lo que no podías era permanecer indiferente cuando la veías por vez primera.

Algunos de los que trabajaban en las oficinas del Natwest Bank también suspiraban por ella. Unos disimuladamente, otros sin esforzarse demasiado por ocultarlo.

Pero las esperanzas de todos sus pretendientes eran vanas. Isabella ya

tenía pareja. Lo supe el mismo día que comencé a trabajar. Lo comentó el director cuando me la presentó junto al resto de compañeros y compañeras.

—Y de esta no te antojas —dijo bromeando—, que todo el mundo se enamora de ella. Ya tiene novi.

Sonriendo, Isabella me dio la mano al tiempo que, refiriéndose al director, dijo en tono irónico:

—¡Muy gracioso!

De los detalles de aquella relación me enteré tiempo después.

Su novio era un hombre maduro, cercano a los cuarenta años. Se llamaba Samuel Parker. Tenía una especie de negocio de telecomunicaciones en el que vendía radiotransmisores, antenas, cables y todo lo relacionado con aquella actividad. No le iba nada mal, al contrario. Era una de esas personas a las que algunos llaman con acierto "hombre de dinero".

Adolecía de un "pequeño defecto" por el que se colaban las esperanzas de algunos de los enamorados de Isabella; estaba casado. Vivía con su esposa y sus dos hijos. Isabella era su amante, mas no la única.

Nadie entendía cómo una mujer con semejante belleza física podía andar enrollada en amores con una persona casada, ajena.

Existía la creencia generalizada de que Isabella hubiese podido tener rendido a sus pies a quien quisiese, que se merecía algo mejor que aquel mediocre lugar de segundo plato en la vida de otro.

Samuel Parker era uno de esos hombres a los que el común de la gente suele etiquetar con el pseudónimo de "don Juan". Así como andaba con Isabella, otras chicas como ella se encontraban relacionadas con él de forma similar. A todas las mantenía engañadas con la falsa promesa de que estaba tramitando ante los tribunales su separación legal, que algún día se divorciaría para casarse con ellas. Les decía que mientras aquello no ocurriese, no podía abandonar el hogar familiar porque su esposa le demandaría por abandono voluntario, y esa podría ser la causa de que perdiese su capital y sus empresas. Un perfecto sinvergüenza era el tío.

Mientras el momento del supuesto divorcio y la consecuente boda no llegaban, Isabella se había ido a vivir con él a un apartamento en el centro de la ciudad. Aunque aquello de "vivir juntos" era solo un decir, porque él nunca

se quedaba a dormir con ella. La visitaba dos o tres veces por semana, a lo sumo.

Aun y cuando Isabella era una de sus tantas amantes, estaba convencida de ser la única. Creía firmemente que más pronto que tarde sería su nueva y flamante esposa. Solo era cuestión de esperar la llegada de aquel momento.

Samuel Parker había sido el primer y único hombre en su vida. Nunca antes había estado con otro pese a que desde muy jovencita fue objeto de la codicia y los deseos de no pocas personas.

No es fácil describir con palabras lo que me ocurrió cuando conocí a Isabella personalmente. Harían falta adjetivos muy potentes para dar una idea exacta de ello. Vamos a intentarlo.

Podría decirse que quedé "subyugado", "hechizado". Dos palabras que pueden dar una somera idea de lo que representó para mí aquella singular situación. También sirven las palabras "cautivado", "encantado", "maravillado" o "fascinado".

Fue una extraña sensación de profunda admiración, de embeleso, de éxtasis intenso, de gozo sublime. Algo así como lo que te ocurre cuando estás cerca de un artista que admiras profundamente, con la gran diferencia de que yo no tenía entonces ninguna razón para admirarla pues apenas la acababa de conocer.

Alguien dijo una vez respecto de aquello, quizás con gran acierto, que lo que me pasó fue que quedé "atrapado". Una expresión que desde siempre he rechazado utilizar por la sensación que da de estar preso, de cárcel, de jaula, de privación de libertad.

Sin embargo, no puedo dejar de atribuirle cierta verosimilitud, cierta apariencia de certeza. Quizás sea cierto que, tal y como ocurre con los peces atrapados en una red, también me ocurrió lo mismo.

No fue necesario que transcurriera mucho tiempo para darme cuenta de que estaba enamorado de ella. Y fue así por algo tremendamente sencillo; no pensaba en nada más.

¿Cómo fue?

¿En qué momento ocurrió?

¿De qué manera pasó?

No lo sé exactamente. Me declaro incapaz de contestar a tales interrogantes. Lo que sí puedo hacer es explicar mis emociones.

Cuando Isabella pasaba junto a mí, el corazón se me quería salir del pecho. Mis pulsaciones se aceleraban extremadamente. La sangre corría toda a acumularse en mi cabeza. Mi cerebro clamaba por auxilio ante semejante

presión. Aun y cuando hacía mis mejores esfuerzos por evitarlo, no podía dejar de mirarla. Era incapaz de no detenerme a contemplar sus detalles. Costaba creer que alguien así pudiese ser real. No te crees que alguien así existe hasta que lo ves con tus propios ojos. Era la perfección hecha carne humana. Lo más hermoso que mis ojos vieron jamás.

Mientras más la conocí, más me enamoré de ella.

No solo era una persona físicamente hermosa, sino que también lo era en su interior. Su carácter era sereno, pacífico. Quizás, un tanto débil, frágil. Seguía la corriente en las conversaciones evitando con ello cualquier forma de contradicción. No le gustaban los conflictos. Nunca se enfadaba con nadie. Ya podían decirle o decir de ella lo que fuera, que si no le parecía bien, simplemente lo ignoraba; hacía oídos sordos. Y no es que hiciera como hacen muchos; que perdonara y olvidara lo que le hacían. Simple y llanamente le resbalaba; no lo asimilaba. Nunca se le oía hablar mal de nadie, aun y cuando muchos pensarán que razones le sobrarán. El tono de su voz era suave, muy delicado, a la par que sensual. Jamás nadie la escuchó gritar.

Por su carácter dulce y afable, gozaba de gran estima entre todos sus compañeros de trabajo sin excepción. Todos la apreciaban y la respetaban en extremo.

Otro de los rasgos definitorios de su personalidad era su apego familiar. Era una mujer muy dada a su familia; tremendamente unida a su clan. Siempre hablaba de ellos con alegría, con jovialidad. De continuo, rememoraba los tantos y tantos momentos que juntos pasaban en reuniones, fiestas y encuentros de todo tipo.

Una característica fundamental tenía lo que yo sentía por ella. Era algo que se iba haciendo mayor a medida que transcurría el tiempo. No se trataba de un sentimiento estático, fijo, sino creciente. Siempre en aumento, siempre engordando. Como la vaca que no deja de comer un solo instante. Hasta en mis sueños vivía metida.

Pero quizás, el elemento más característico de mis sentimientos por Isabella era su impermeabilidad. Nada podía traspasarlos, nada los afectaba. La mejor prueba de ello es que no me perturbaban en lo más mínimo sus relaciones amorosas con Samuel Parker. No las tenía en cuenta en absoluto. Era como si no existiesen para mí. Nunca pensaba en ellas.

Es algo que no deja de ser extraño. Curioso, quizás.

Muchos se sorprendían de ello. Se preguntaban, y los más osados me lo decían a mí directamente, por qué no pensaba en eso, por qué no lo tenía en cuenta. Era algo lógico. Lo "normal" es que si estás enamorado de alguien recibas a cambio un sentimiento similar, y en mi caso no era así.

¿Qué explicación tenía eso?

Al parecer, ninguna.

Puede que haya sido porque desde que la conocí supe de su situación sentimental. Jamás me engañé. Así la conocí y así me enamoré de ella; con "paquete" incluido.

¿Absurdo? Puede ser.

No era porque nunca antes me hubiese enamorado, como especulaban algunos. En varias ocasiones me había sentido fuertemente atraído por otras chicas, si bien es cierto que por ninguna tanto como por Isabella.

Tampoco podía decirse que ella lo hubiese provocado, como pensaba mi madre. Isabella no hacía nada por llamar especialmente mi atención, al contrario. Llevaba su relación sentimental con Samuel Parker con el mayor de los orgullos. No hacía méritos para ocultarla ni, en modo alguno, minimizarla.

Mi madre pensaba que aunque pudiese ser cierto aquello de que Isabella no hubiese provocado el despertar feroz de mis sentimientos, al menos debió poner un poco más de su parte para evitar que siguiesen creciendo, y nunca lo hizo.

Yo no estaba de acuerdo con su opinión. La única culpa que tenía Isabella en todo aquello era la de existir. No había más.

Me enamoré de la mujer de otro. Esa era la única verdad.

¿Qué podía hacer entonces?

Yo creía que nada. El resto del mundo era de la opinión contraria. Pensaban que no era que no pudiese hacer nada, sino que no quería salir de allí. Me sentía contento conmigo mismo en aquel estado de embelesamiento permanente, y no quería hacer nada para cambiarlo.

Pensaba que como no estaba causando daño a nadie no importaba, al

contrario. Me sentía mucho más contento. Tenía más energía, más vigor emocional. Lo veía todo con más alegría, con más color.

De allí que me limitaba a dejar que el tiempo siguiese transcurriendo, a seguir viviendo de aquella manera, a continuar pensando en Isabella durante todas las horas del día, a seguir soñando con ella.

El mundo entero veía las cosas de manera muy distinta a como las veía yo.

En cuanto comenzó a hacerse notorio lo fuerte de mi enamoramiento, algunos se empeñaron en lograr que la olvidara, o que al menos la viera y pensara en ella de forma distinta. La mayoría de ellos fueron influidos por las opiniones y sugerencias de mi madre, que en todas mis cosas se metía.

Me recordaban que aquella era una mujer “prohibida para mí”. Decían que no siguiera por aquel camino, que aquello no podía terminar en nada bueno, que era yo el único que iba a salir perdiendo. Ella seguiría con su vida y con sus amores con Samuel Parker y yo terminaría "jodido".

¿Por qué empeñarme en continuar con aquella carrera de autodestrucción?

Algunos fueron tremendamente crueles en sus comentarios. Trevor, el mayor de mis dos hermanos, el peor de todos. Sentía especial deleite diciéndome ciertas y determinadas barbaridades. Decía, por traer a colación algunos ejemplos, que pensara que mientras yo soñaba con Isabella, quizás Samuel Parker la tuviera a “cuatro patas” en una cama en la posición del “perrito”; ensartada cual pincho de carne de cerdo en una varilla; lamiendo y comiéndose una banana sin la cáscara; o cualquier otra vulgaridad semejante.

Sus comentarios me herían profundamente. Me hacían mucho daño. Creo que en ese dolor, precisamente, era donde él encontraba su satisfacción.

Bernie, mi otro hermano, por el contrario, nunca se atrevió a decirme nada, ni para bien ni para mal. Él y yo nos habíamos criado mucho más unidos entre nosotros que con Trevor. Quizás por eso fuese que nos entendiésemos mucho mejor y respetásemos mucho más nuestros sentimientos. Ambos sabíamos a cada momento lo que sentía el otro y nos cuidábamos mucho de no ofendernos. Yo era el menor de los tres.

Mi forma de amar a Isabella era pura, sincera. Yo sentía que mi amor

por ella estaba por encima de todo, incluida su pareja. La mejor prueba de ello era que mostraba gran respeto hacia él, y sobre todo, respetaba profundamente la relación entre ellos. Jamás se me hubiese ocurrido interponerme entre ambos.

Nunca llegué a poseer ninguna clase de odio, rencor, envidia u otro tipo de sentimiento semejante hacia Samuel Parker. Jamás se me ocurrió pensar, como decía Trevor, en los momentos de intimidad que pasaba junto a Isabella. No entendía porqué tendría que pensar en ellos, ¿para qué?.

¿De qué manera me beneficiaría imaginar semejantes circunstancias?

¿Por qué tendría que recrearlas en mi mente?

¿Cuál era la razón?

No era mi problema lo que Isabella hiciese con su pareja. Aquello era cosa suya y de él, de nadie más.

Samuel Parker me superaba mucho en edad. Mientras que él tendría por entonces casi cuarenta años, yo apenas si estaba pronto a cumplir los diecinueve. Era todavía un niño. Llegamos a ser conocidos cercanos, que no amigos. No por causa mía, sino por él, que era un hombre distante y muy reservado. Difícilmente hubiese sido factible una amistad mayor entre los dos.

Samuel Parker era un hombre de gran estatura. Pasaba, y en mucho, del metro con noventa centímetros. Era gordo, relleno. Su peso de por entonces superaba en mucho los cien kilogramos. Tenía la piel de color claro. La tonalidad de sus ojos era de color marrón tirando a oscuro. Era de alopecia notoria, Aquel aspecto le hacía parecer mucho mayor de lo que en realidad era. Era uno de esos calvos que acostumbran dejarse crecer un largo mechón de pelo de un lado de la cabeza, con el que luego se cubren la pelona por completo como si la estuviesen arrojando.

Persona pulcra y elegante, jamás usaba ropa que no fuese formal; camisa fina de mangas largas, pantalones de tela fina y zapatos de cuero siempre limpios y muy brillantes. Era de carácter recio, firme, en ocasiones malhumorado. Procuraba no enfadarse con facilidad porque no conocía el término medio, es decir, que era de los que cuando se enfadaba con alguien lo hacía para toda la vida. Se iba a los extremos.

Aparte de su faceta de don Juan y hombre mentiroso en cuestiones amorosas, tenía otro lado tan o más oscuro; sus problemas con el alcohol. Cuando comenzaba a beber no era capaz de detenerse hasta no llegar al borde más próximo al coma etílico. Lo peor de todo no era eso, sino que se transformaba radicalmente. Dejaba de ser el hombre serio y respetuoso de siempre para convertirse en otro completamente irreconocible. Después del segundo trago comenzaba el proceso de sus metamorfosis. Asumía distintas personalidades, a cada cual más estrafalaria. Algunas de ellas repetitivas. Las principales eran las de niño malcriado y llorón; la de alienígena recién llegado del espacio sideral del que todos los terrícolas debíamos considerarnos súbditos y mostrar sumisión; y la de poseído de demonios habladores de ininteligibles lenguas y echador de espumarajos por las comisuras de la boca.

Era uno de los mejores ejemplos de porqué había que evitar el consumo desmedido de alcohol.

Isabella se dio cuenta de mis sentimientos desde el comienzo y para nada se sorprendió, al contrario. Desde siempre estuvo acostumbrada a que la gente se fijase en ella. Pensaba que tarde o temprano se me pasaría, como normalmente ocurría con todos sus enamorados, pero no fue así.

Con el transcurrir del tiempo mi forma de adorarla se fue incrementando cada vez más. Ella lo percibía. Notaba que mi amor era profundo, pero sobre todo muy sincero. Se sentía halagada, pero no por eso asomaba síntomas de reciprocidad en ningún momento.

Mis sentimientos por Isabella eran muy evidentes. No hay nada más difícil que ocultar un enamoramiento cuando es verdadero, y el mío lo era como el que más.

No le pedía nada a cambio. Me conformaba con pasar la mayor parte del tiempo cerca de ella mientras estábamos en la oficina, y cuando por la tarde – noche salíamos de trabajar, alguna que otra vez la acompañaba hasta la parada del bus, o caminando hasta su apartamento cuando Samuel Parker no la iba a recoger con su coche.

Así transcurrió el primer año desde que comenzamos a trabajar juntos.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS CELOS

Pasado aquel tiempo, la unión entre Isabella y yo comenzó a hacerse extrañamente notoria.

Un día me hizo un comentario un poco sorprendente; Samuel Parker estaba celoso de mí. Lo que en un principio había sido solo una simple incomodidad porque de continuo se le escapase mi nombre delante de él, y porque en demasiadas ocasiones la hubiese encontrado cerca de mí, degeneró en reproches directos para que procurase establecer mayor distancia entre los dos.

Ya me había extrañado que en días pasados Samuel Parker hubiese ido a recogerla a la hora de la salida, y se ofreciera a llevarme a mí también. No solo yo me extrañé. Todos mis compañeros se sorprendieron.

—A este lo va a venir zarandeando Samuel Parker uno de estos días — dijo en tono burlón Rocío, una de las cajeras del Banco.

En varias ocasiones, Samuel Parker me encontró andando por la calle y detuvo su coche a mi lado para ofrecerse a llevarme a mi destino, y yo acepté.

Eran conductas un tanto extrañas y sospechosas, visto que entre nosotros no existía ningún tipo de especial amistad. Lo que no hacía con el resto de compañeros de trabajo, sí que lo hacía conmigo. ¿Por qué?

Las veces que me llevó en su coche, Samuel Parker no se atrevió a decirme nada sobre Isabella. Ni siquiera lo insinuó.

Aquello me incomodó sobremanera. Cada vez que estuve a solas con él en su coche, me sentí tremendamente perturbado. No me atrevía a hablarle mirándolo directamente a la cara. Él lo notaba, y cuando me hablaba se quedaba mirándome fijamente. Me quemaba con su mirada esperando a mi reacción.

Otro tanto un poco extraño ocurrió las veces que me dejó en casa; no se movió de la entrada mientras yo no hube entrado. En algunas ocasiones se

quedó parado al frente durante un buen rato observando fijamente hacia la puerta principal.

Mi madre comenzó a ponerse nerviosa. Tanto, que mi hermano Trevor se incomodó también por aquella situación, y un día cuando me sintió llegar salió al frente de la casa, se colocó frente al coche de Samuel Parker con los brazos cruzados mirándolo fijamente a la cara, y no volvió a entrar hasta que aquel no se marchó. Pese a ello, la escena volvió a repetirse.

Aquellos nuevos y singulares acercamientos de Samuel Parker hacia mí me hicieron sentir mal. Después de meditar mucho sobre ello, llegué a la conclusión de que quizás era eso lo que pretendía; que mi interés por una de sus mujeres se viese mermado involucrándose amistosamente conmigo.

El colmo de aquello ocurrió una vez en la que Isabella y él me encontraron en la parada del bus. Detuvieron el coche a mi lado y se ofrecieron cordialmente a llevarme a mi destino, lo cual acepté.

Por el camino hacia mi casa, Samuel Parker se detuvo frente a una panadería. Bajó del coche y compró pan, jamón serrano y queso curado.

Al regresar, me preguntó:

—¿Tienes hambre, Frank?

El hecho de que me llamase "Frank", a secas, como me llamaban únicamente mis más íntimos, me causó una gran impresión.

—Solo un poco —contesté con evidente timidez—. Pero puedo esperar llegar a casa. Mi madre siempre me guarda la cena.

—Siempre puedes tomar una merienda antes ¿no? —preguntó.

—Puede ser —contesté, entre confuso e indeciso.

Seguidamente, comenzó a abrir panes y meterles jamón y queso dentro. Luego los fue pasando uno a cada cual para que los fuésemos comiendo; primero a mí, después a Isabella y luego a él mismo. Así hasta en tres ocasiones. Tomamos tres panes con jamón y queso cada uno. Luego volvió a bajar a por cocacolas y helados para los tres.

Después, me llevaron hasta mi casa, y al llegar, se despidieron de mí afectuosamente. Les agradecí mucho lo de los panes, la cocacola y los helados, y me quedé allí tremendamente descolocado, confuso.

—¿Qué acaba de ocurrir? —pensé.

Aquellas nuevas y singulares situaciones no mermaron en modo alguno la unión entre Isabella y yo. Ni ella se alejó de mí ni yo de ella. En nada afecto nuestra amistad.

Hubo algo de lo que en su momento me dijo sobre los celos de Samuel Parker que llamó poderosamente mi atención; que siempre se le estuviese saliendo mi nombre sin querer delante de él.

Aquello solo podía indicar una cosa; que ella también pensaba en mí.

¡¡Isabella también pensaba en mí!!

Era algo impensable para mí. No podía estar más feliz.

Aquel mismo año puse fin a las ofertas de Samuel Parker de llevarme en su coche a mis destinos. Me saqué el carnet de conducir, y con la ayuda de un crédito del Banco, compré mi propio coche. No tuve que pasar nunca más por aquellos momentos tan desagradables a su lado.

CAPÍTULO TERCERO

LA FAMILIA DE ISABELLA

En una ocasión, Isabella nos invitó a todos sus compañeros de trabajo y a mí a una pequeña fiesta que su familia iba a dar en su pueblo. Se trataba de la celebración de la boda de una de sus hermanas. La recepción tuvo lugar en la residencia familiar. Una casa inmensa con una decena de habitaciones, salones, comedores e inmensos jardines techados.

Tres compañeros de trabajo y yo fuimos a la boda y nos quedamos a dormir allá aquella noche. Fue la primera de muchas otras ocasiones que estuve a visitarlos. Isabella iba todos los fines de semana, religiosamente, a pasarlos con ellos.

El pueblo distaba de nuestra ciudad en poco más de media hora por carretera. El lugar era precioso, rodeado de inmensos valles y montañas sembradas de árboles frutales, pedregosos riachuelos de aguas puras y cristalinas, y un clima estupendo.

El aire de la zona era de gran pureza; completamente limpio. El silencio profundo de los inmensos campos sembrados, y el impresionante esplendor de sus paisajes y fantásticos atardeceres, hacían que cada vez que uno estaba allí se sintiese como transportado a otra dimensión.

La familia de Isabella era enorme, todos ellos dedicados al cultivo de cereales, frutas y hortalizas, excepto los más jóvenes, que aún asistían al Instituto. Poseían inmensas extensiones de terrenos sembrados. Valles y montañas enteras.

Isabella era la séptima de un total de once hermanos. De ellos, solo uno había resultado varón; el último. Lo llamaban cariñosamente “Eduardito”. Un diminutivo de su nombre original; Eduardo. Un chico bastante joven. Acababa de cumplir los catorce años.

A Isabella, además de por su nombre, también la llamaban por un diminutivo; "Isa". Algunos también la llamaban "Is".

Al ser tan grande la familia, cada mes había algún cumpleaños, aniversario, onomástico, graduación o matrimonio que celebrar, aparte de las celebraciones comunes en las que normalmente se reunían todas las familias (navidades, año nuevo, reyes, etc.)

Tenían una nota diferencial muy marcada; eran alegres hasta lo indecible. Siempre estaban riendo, bromeando, haciendo chistes, contándose anécdotas cómicas de sus vidas diarias, etc.

Es muy probable que aquella singular característica les hubiese sido inculcada desde pequeños por su padre. Un hombre bonachón, bromista empedernido y contador de chistes infatigable. Muy conocido por aquel don tan peculiar, resultaba extremadamente difícil estar con él sin reír. Era casi imposible verlo serio; nunca dejaba de sonreír.

En una ocasión Isabella me contó que hasta en sueños, cuando hablaba dormido, lo hacía entre sonoras carcajadas. Bastaba con estar a su lado para que uno se contagiara de su risa. No hacía falta que dijera nada. Solo con mirarlo era suficiente.

Se llamaba Ronnie, aunque era conocido por todo el mundo como "Ron". En casa, ninguna de sus hijas, ni su único hijo, lo llamaban "Papá", sino "El Viejo Ron", o "El Viejo", a secas.

Josephine, la madre de Isabella, era todo lo opuesto a él. Era una mujer de carácter recio, firme. Gobernaba con mano de hierro los destinos de la familia, y administraba entre ellos las tareas de casa y el trabajo en los sembradíos.

Era la que mandaba, la lideresa del grupo. Hablaba muy poco. Tampoco era que le hiciese mucha falta. Todos sabían, cuando hacía algún mínimo gesto, qué era lo que quería, y lo hacían inmediatamente. A ella sí que la llamaban "Mamá".

Con el tiempo me hice muy amigo de los padres de Isabella y de todas sus hermanas, maridos e hijos, y de su único hermano. La excusa perfecta para visitar el pueblo los fines de semana, y tener así un poco más cerca de mí a mi amada Isabella. Y ellos encantados. Me acogieron como un miembro más.

Aquella fue la primera vez que vi que mi madre sintiese celos de una

familia completa. Hacía todo lo posible para que yo compartiera más con la mía que con ellos, pero era una tarea con resultados muy pobres. Mi corazón estaba donde estaba Isabella, y ella lo sabía muy bien.

Una de las hermanas de Isabella, de nombre Catherine, la menor de todas, se prendó de mí desde que nos conocimos, desde el primer día que nos vimos. Era una jovencita de poco más de dieciséis años.

Cuando los visitaba, se desvivía por estar de continuo cerca de mí. Yo lo notaba. Todos lo notaban. Era muy evidente. No me quitaba la vista de encima. Me miraba con embeleso y admiración.

Fue algo automático; conocernos y enamorarse.

Siempre me estaba llamando a mi trabajo en el Natwest Bank para decirme que fuera al pueblo a pasar los fines de semana.

A pesar de que ansiaba estar cerca de Isabella todo el tiempo, no me parecía bien abusar de aquella hospitalidad. Como podía, y con gran sutileza, declinaba la mayoría de sus invitaciones.

Tampoco quería que sus emociones por mí aumentaran en demasía. Era una niña, casi como yo, y no se merecía sufrir por un amor no correspondido, como ya sufría yo.

Algo positivo para mi relación con Isabella tuvieron los sentimientos de Catherine; me sirvieron para corroborar los suyos.

Daba la coincidencia que Isabella no era solo la secretaria del director del Natwest Bank, sino también la que atendía las llamadas.

Cada vez que Catherine me llamaba, Isabella entraba en cierta cólera, mal disimulada. Fue algo que noté desde el principio. Y fue así porque yo siempre estaba atento a sus reacciones.

Lo que al principio solo fueron simples sospechas, lo corroboré con el transcurrir del tiempo. Intentaba alargar las telefónicas conversaciones con Catherine hasta que percibía que el estado de indignación de Isabella era evidente. Se levantaba de su puesto muy enfadada y se metía en el baño. Y no salía sino mucho rato después.

Una de aquellas veces se enfadó tanto que tomó sus cosas y se marchó de la oficina precipitadamente sin dar explicaciones, ni siquiera al jefe. Aquello le costó una posterior reprimenda. Dijo entonces que se había

marchado porque se había sentido mal de repente, con una especie de mareo, y que como vio que el jefe estaba ocupado con un cliente, no le quiso decir nada para no molestarlo.

Cuando Samuel Parker se enteró de mis visitas al pueblo, cejó en sus propósitos amistosos para conmigo. Desde entonces la distancia entre ambos aumentó de forma considerable. Apenas si nos saludábamos cuando nos veíamos. Nunca más se ofreció a llevarme a casa.

Tuvo la osadía de decirle a Isabella, nada más y nada menos, que no aceptara por más tiempo aquellas visitas mías a su familia.

Como era de suponer, ella le explicó, con toda lógica, que eso no lo podía hacer. No era algo que dependiese de ella, que pudiese controlar. Su familia me había tomado mucho afecto, y no era ella, precisamente, la que daba las órdenes en su clan.

CAPÍTULO CUARTO

LA DECLARACIÓN

Así llegamos Isabella y yo al segundo año trabajando juntos. Para entonces, las manifestaciones sutiles, pero potentes, de sus sentimientos hacia mí, mis visitas de los fines de semana a su pueblo, y una unión entre ambos cada vez más estrecha, entre otras cosas, hicieron que mis sentimientos se transformaran en un volcán a punto de hacer erupción.

No podía seguir por más tiempo así. Me estaba volviendo loco.

Comencé a padecer fuertes cuadros de ansiedad. Cuando llegaba la hora de entrar a trabajar y notaba que Isabella no había llegado, sentía que me faltaba el aire, que no podía respirar. Algo similar ocurría cuando por cualquier razón se iba sin despedirse, cuando pasaba demasiado tiempo hablando con algún cliente, o por teléfono sin yo saber con quién.

Aquello no podía continuar así. Los estados de angustia y desesperación que me asaltaban eran cada vez mayores. No sabía qué hacer, a dónde ir, a qué salida recurrir.

Tomé una drástica decisión. Resolví declararle mi amor a Isabella. No pensé en las consecuencias, positivas o negativas, que semejante osadía podrían reportarme. Necesitaba decírselo. Era como cuando tienes un deseo incontrolable de vomitar. No te puedes reprimir. Si no lo haces, explotas.

El magma gigantesco de aquel terrible secreto me estaba quemando por dentro, y mi volcán no podía esperar más; tenía que explotar.

Una de aquellas tardes de conversaciones en los jardines de la casa de su familia en el pueblo, aproveché un momento que nos quedamos solos y se lo confesé.

—Oye Isabella... —le dije titubeante—, hay un secreto que te quiero confesar.

Tenía los nervios a flor de piel. El corazón me palpitaba a millón.

—¿Qué será? —dijo volteando a mirarme con interés.

—Es que... —dije casi sin poder hablar.

Una angustia tremenda se apoderó de mí, y una gigantesca opresión se hizo en mi pecho.

—¡Pero bueno! —dijo preocupada al notar los cambios en mi estado—
¿Qué te pasa Frank? Te pusiste rojo como un tomate.

—Me estoy muriendo Isabella —expresé exhalando un gigantesco suspiro—. Tengo que hacerte una confidencia terrible.

—Pues dímelas —dijo con enorme simplicidad—, ¡vamos!

Inspiré profundamente, y con el aire que solté de vuelta, expresé:

—¡Estoy enamorado de ti!

Y al decirlo, sentí una inmensa liberación.

—Ya... —dijo ella seguidamente.

No pareció sorprendida. Se lo tomó con la mayor naturalidad.

Luego de una breve pausa, dijo:

—¿Y cuál era el secreto que me ibas a confesar? Ese no es ningún secreto.

Ambos sonreímos al unísono. Yo, con los ojos aguados.

Aun y cuando estaba convencido de que ella conocía mis sentimientos, fue un gran alivio para mí expresárselos con palabras. Sentí que me había liberado de una tonelada de peso.

—¿Y tú? —le pregunté a continuación con cierta timidez— ¿Sientes algo por mí?

Ahora sí que se sorprendió. Mucho más que con mi confesión.

Fue ambigua en su respuesta.

—Eres un niño todavía, Frank. Yo soy una vieja para ti. Ya tengo veinticinco años. Seguro que hay decenas de chicas loquitas por ti por allí. Y por si no te habías dado cuenta; ¡tengo pareja!. ¿Crees que podría plantearme el absurdo de tener dos parejas a la vez?

Una ligera corriente de aire helado se metió en mi corazón.

—¿Y estás muy enamorada de él? —pregunté ansioso— ¿De verdad amas a Samuel Parker? Él también es un viejo para ti. La diferencia de edad entre ustedes es muy superior a la mía contigo.

—Él es muy bueno conmigo —dijo ella.

—¡No te pregunté eso! —dije en tono enérgico—. Te pregunté si te sientes realmente enamorada de él.

—¿Pero qué tontería es esa, Frank? —preguntó, evidentemente inquieta— Si estoy construyendo mi vida a su lado es porque siento algo por él, ¿no te parece?

—Claro —dije escuetamente.

—Además —añadió a continuación—, Samuel Parker cubre todos mis gastos. Llevo una vida de lujo con él. No me puedo quejar.

—Bueno, yo solo preguntaba por los sentimientos, no por lo material.

—Pero bueno Frank, vamos a ver... —dijo poniéndose ligeramente nerviosa— ¿Tú te crees que una relación de pareja se puede basar solo en sentimientos?

—No —le dije—, pero sí que es lo más importante

—Ya..., y cuando vayas al supermercado le dices al de la caja que le vas a pagar la compra con un kilo de sentimientos, o cuando necesites comprar unas medicinas o pagar el alquiler de tu apartamento. Eso de que el amor lo es todo, solo es una idea absurda. ¿De qué te valdría enamorarte de alguien si no te la puedes llevar a vivir contigo? ¿Tú podrías hacerte cargo de mis gastos?

—Ya sabes que no.

—¿Y entonces a qué viene este cuento de venir a decirme que andas enamorado de mí? ¿Qué pretendes con eso?

—Nada.

—¿Y entonces por qué me lo dijiste?

—No me podía aguantar más sin decírtelo, Isabella. Tenía que confesártelo.

—¿Y qué has ganado con eso? Yo no puedo corresponderte y tú lo sabes muy bien.

—Nada Isabella, solo necesitaba decírtelo y ya está.

—¿Sabes qué pasa Frank?, que estoy cansada. Estoy harta de que todo el mundo se la viva diciendo que anda enamorado de mí.

—No soy todo el mundo Isabella.

—Ya lo sé —dijo inquieta—. Haz el favor de contestarme a una pregunta que te voy a hacer, Frank ¿En qué momento te di yo permiso para que te enamoras de mí?

—No ha sido algo voluntario Isabella —le dije cabizbajo—, te lo aseguro. No he querido ofenderte.

Me sentí regañado. Como los niños en el colegio cuando sus maestras les llaman la atención.

—Vale pues muy bien —siguió ella diciendo—, vamos a suponer que es cierto que no es algo voluntario. Dime entonces qué es, porque quizás yo no lo sé. Cuando decidí ser la pareja de Samuel Parker lo hice de manera completamente voluntaria. Fue un tipo que me gustó y ya está. No me dejé llevar por ningún sentimiento arrebatador de esos que dicen que es el amor. Quería tener una buena pareja y la tuve. Quiero hacer una familia con él.

—Yo no he pensado nunca en nada de eso, Isabella.

—¿Ah no? Y entonces, ¿en qué has pensado?

—En nada —respondí.

—¿De qué te sirve eso entonces de andar enamorándote de mí? La verdad es que no lo entiendo. ¿Le sacas algún provecho? ¿Por qué no te has antojado de una niñita como tú? ¿Cómo se te ocurre fijarte en una mujer ajena? Pareces tonto, Frank ¡No soy mujer para ti!

Las palabras de Isabella me hicieron sentir francamente agredido. Fueron como latigazos que cayeron furiosamente sobre mi piel. Me sentí vejado, humillado. Mis sentimientos estaban siendo pisoteados precisamente por la persona que más amaba.

Cerré los ojos por un instante y las lágrimas comenzaron a salir de ellos en cantidades importantes.

—¿Pero qué haces? —preguntó Isabella sorprendida— No hagas eso Frank, por favor te lo pido. Perdona si te he ofendido. No ha sido mi

intención. Por favor perdóname.

—No me pidas perdón —dije intentando reponerme—. No me has hecho nada. Tienes toda la razón. Todo esto ha sido culpa mía. Estos sentimientos me han superado. Escapan a mi control. Todo el mundo me lo ha dicho. Solo faltabas tú.

Isabella mantuvo silencio durante unos momentos. Luego volvió a retomar su disertación.

—A ver Frank... —dijo muy suavemente—, esto no se puede quedar así. Tenemos que aclararlo. Cuéntame qué es lo que te pasa. Es que te juro que no te entiendo. Tenemos una gran amistad que no se puede romper por esto.

—No parece muy difícil de entender —dije secándome las lágrimas con un pañuelo—. La gente se enamora de otra. ¿Qué hay de extraño en eso?

—No, si eso lo entiendo Frank. Lo que no entiendo es cómo y por qué dices tú que te enamoraste de mí ¿Qué hice yo para que te pasara eso?. De alguna manera me siento culpable de que estés así, de no poder ayudarte.

—Tú no has hecho nada —le dije.

—¿Y entonces? —preguntó— ¿Por qué te quieres empeñar en un imposible?.

—Pues verás... —dije tragando saliva e intentando recomponerme— Desde el primer día que te vi en el Banco me llamaste poderosamente la atención. Desde entonces comencé a mirarte detenidamente. Mientras más te veía más te admiraba.

—Vale —dijo ella—, pero eso le pasa a mucha gente conmigo, y no por eso están todos enamorados de mí. Puedo entender que tenga ciertos encantos, ciertos atractivos de mujer.

—No es solo eso —dije interrumpiéndola—, es que no dejo de pensar en ti. Día y noche estoy pensando en ti. No encuentro forma de sacarte de mi cabeza. Estoy comiendo, estoy pensando en ti. Oigo una canción bonita y enseguida aparece tu imagen en mis pensamientos. En todas mis conversaciones siempre se me sale tu nombre. Cuando por las noches me acuesto me hago el propósito de no soñar contigo, pero nunca lo consigo. Siempre estás en mi mente. Nunca antes había tenido sentimientos tan fuertes por nadie. Sufro cuando no estás cerca de mí. Desde que salgo del trabajo en

el Banco ya te extraño, y cuento las horas, los minutos y hasta los segundos que faltan para volverte a ver. Cuando me miras o te acercas a mí, mi corazón se acelera como si me fuera a dar un infarto. Muchas veces paso a tu lado y tú no te das cuenta, solo para percibir tus aromas. Cuando te veo sonreír es como si viera al universo entero sonriendo. Me entra una felicidad infinita en el corazón. No quiero que dejes tu relación con Samuel Parker para estar conmigo. Soy feliz sabiéndote feliz con él. Creo que es por estas, y otras muchas razones por lo que digo que estoy enamorado de ti. ¿No te parecen suficientes?

Isabella se quedó mirando durante un rato fijamente al horizonte. Después, comentó:

—¡Vaya! Me dejas francamente sorprendida. No sé qué decirte. Quizás lo que tú tienes es que te has obsesionado conmigo, Frank. ¿Crees que te habría ocurrido lo mismo si en lugar de ser como soy hubiese sido deforme, con los ojos bizcos, calva y de nariz torcida?. O si en lugar de ser mujer hubiese sido hombre. O si te dijese que soy transexual.

Las lágrimas volvieron a estar conmigo mientras la escuchaba. Aún siendo reproches, sus palabras eran como melodías angelicales que no quisiera dejar de escuchar jamás.

—No lo sé Isabella —le dije entre sollozos—, estoy desesperado por ti. Te amo como eres, no me preguntes más. Por favor perdóname por esta escena ¡Te amo Isabella!

—¡Cálmate Frank! —dijo alarmada al verme sollozar—, que no te vea mi familia llorando, que se van a preocupar. ¡Procura tranquilizarte! Te lo pido, por favor. Yo también te quiero muchísimo. Siento mucho no poder ayudarte. Lo siento de verdad. Lo suyo sería corresponderte, pero ambos sabemos que eso no puede ser. No sé qué más decirte. Nunca me había ocurrido nada parecido.

Y colocando su mano sobre mi rodilla, la frotó con suavidad mientras me miraba con una sonrisa tranquilizadora.

Aquel gesto tan simple hizo que me sintiera morir de felicidad.

—Lo siento, Isabella —le dije lamentando mi estado de conmoción—, no quiero causarte molestias.

—No quiero hacerte daño Frank. Quiero que sigamos siendo amigos y nos sigamos tratando con el mismo respeto de siempre. Lo mejor para ambos es no volver a hablar de esto.

Y como gesto de cortesía, extendió su mano para estrecharla contra la mía.

—¿Amigos? —preguntó.

—Sí —dije—, amigos...

CAPÍTULO QUINTO

LA EVASIÓN

La confesión de mis sentimientos, lejos de mermar mis ansias por Isabella lo que hizo fue incrementarlas aún más, si es que algo así era posible.

Cuando pensaba que estaba al límite de mi desesperación por ella, algo venía a aumentarla un poco más.

Durante días estuve recordando cada palabra de lo que nos dijimos, cada frase, cada gesto, cada expresión.

El hecho de que no hubiese sido directa y clara en sus respuestas cuando le pregunté si estaba realmente enamorada de Samuel Parker, hacía que supusiera que de quien estaba enamorada era de mí. Y aquello me enloquecía por ella aún más.

Pensaba que si en verdad no me quería como yo a ella, sino solo como amigos, debía haber liquidado mis aspiraciones con algo tan sencillo como decir:

—¡Sí! ¡Estoy muy enamorada de Samuel Parker.

Pero no lo dijo, y aquello para mí era extraordinario, muy significativo. Tanto, que hizo que mi actitud de aquellos tiempos anteriores frente a ella cambiara radicalmente.

Ahora no solo la admiraba y adoraba en el más absoluto de los silencios. Ahora una mínima chispa iluminaba mis noches en la esperanza de tener algo real con ella.

Había visto que, por muy increíble que pareciese, existía una muy remota posibilidad de que algún día los dos estuviésemos juntos, amándonos.

Una pequeña y muy mínima fisura se abrió en el estanque de la represa de mis sentimientos, y por allí comenzaron a colarse de forma desesperada mis esperanzas amorosas por Isabella.

Uno de mis más íntimos amigos, Christian, que también trabajaba en el

Natwest Bank con Isabella y conmigo, y que conocía muy bien mi situación sentimental, me recomendó que buscara una novia de manera urgente.

—Quizás tenga razón —pensé

Cada vez que salíamos de copas, o a cualquier tipo de actividad social, yo solo hablaba de ella; de mi Diosa Isabella. Era el "monotema" obligado de todas nuestras conversaciones.

Supuse que si de aquella forma lograba apartar a Isabella de mis pensamientos de una vez por todas, quizás la propuesta no fuese tan descabellada.

Le hice caso. Seguí sus instrucciones al pie de la letra.

Di un cambio radical a mi vida. Desperté a la fiera depredadora que llevaba dentro y me dispuse a buscar el amor a toda costa en los únicos sitios donde debí haber buscado desde el principio; lejos de Isabella.

A mi particular manera, también yo era un chico bastante atractivo. Quizás, un poco más que la media. No solo por ver a Isabella de cerca iba gente a las oficinas del Natwest Bank, algunas lo hacían para verme a mí, modestia aparte.

En una ocasión, una clienta me dejó una carta anónima con un poema de amor escrito a mano. En otra, me dejaron una flor disecada envuelta en una página con mi nombre escrito dentro de un corazón traspasado por una flecha. Había una que cada vez que iba a la oficina me llevaba bombones de chocolate, y esperaba todo lo que fuese necesario hasta que yo me desocupaba para recibirlos y darle las gracias. Pequeños detalles que yo agradecía amablemente, y que despertaban la envidia de mis compañeros de trabajo. La verdad es que en ese aspecto no me podía quejar.

No sé decir, de forma fidedigna, cuál o cuáles eran mis atractivos reales. Es posible que se tratase de mi pelo. Lo tenía largo, de un fuerte color negro oscuro y muy liso. Caía sobre mis hombros. Algunas veces lo sujetaba con una coleta. Muy pocos hombres lo llevaban tan largo como yo. De hecho, nunca conocí personalmente a ninguno. Puede que aquella singular peculiaridad llamara considerablemente la atención de las chicas. Lo creo así porque era algo que siempre decían:

—¡Qué bonito tienes el pelo!

De otra parte, también era una persona de porte atlético. Me gustaba hacer flexiones de pecho a diario, levantar pesas y hacer ejercicios. Jugaba al fútbol casi todos los fines de semana. Tenía los brazos fuertes y musculosos, igual que las piernas.

En ocasiones, usaba camisetas sin mangas para llamar más la atención. ¡Y mira si lo conseguía! Las chicas no dejaban de mirarme.

Aunque no muy pronunciada, también tenía mi propia tableta de chocolate abdominal.

Tampoco era feo de cara. "Normalito", como se suele decir. Con cada cosa en su lugar. Nada excesivamente pronunciado.

Había quien decía que tenía ciertos rasgos hindúes; piel de color moreno, ojos negros, grandes y redondos, y nariz media, ni muy grande ni muy pequeña. Lo único que me faltaba para ser un indio completo era el punto rojo en la frente.

Estuve no solo con una, sino con una decena de chicas distintas. Todas ellas jóvenes y muy guapas, como me gustaban a mí.

Cada vez que iba a una fiesta o reunión social, alguna se acercaba voluntariamente a mí para charlar, aunque no la conociera de nada. Era algo natural, espontáneo. No era yo el tipo de personas que iba tras ellas. Tenía que llamarme mucho la atención alguna para hacer algo así, y como cosa extraña, jamás ocurría. No sé explicar porqué.

Durante varios meses me dediqué afanosamente a buscar el amor en otras personas. Asistí a fiestas, discotecas y celebraciones de distinto tipo en las que supusiese que pudiese haber chicas con las que ligar. Obtuve un éxito importante. No me puedo quejar.

Mantuve un importante número de relaciones amorosas que siempre terminaron igual; secas, vacías. No fui capaz de enamorarme de nadie.

Al final, llegué a la triste conclusión de que estaba cometiendo un grandísimo error; nunca debí haber seguido los consejos de Christian.

Cada vez que estaba con una chica, veía en su cara la de Isabella y percibía en sus aromas los suyos. Una cosa de locos.

Me arrepentí mil veces de todo aquello. Es probable que alguna de aquellas jovencitas, o todas quizás, hubiesen tenido verdaderos sentimientos

amorosos hacía mí. Y yo, de la manera más ruin y miserable, las estuve utilizando para olvidarme de Isabella, para no pensar en ella.

Me convencí, aunque tarde, que en realidad no quería olvidarla. Al buscar en otras personas su propia imagen, hacía de cuenta que era ella quien estaba conmigo. Me hacía una falsa representación mental.

Aquellas chicas no se merecían algo así. Nadie se merece algo así. Era muy probable que al enterarse, porque todas lo hicieron, se hubiesen sentido tremendamente humilladas. No debía ser agradable tener una sensación similar. Me puse en sus lugares suponiendo lo que habría sentido yo si Isabella hubiese estado conmigo pensando que era Samuel Parker, y me horroricé.

—¡Qué barbaridad! —pensé

Me arrepentí de lo que hice, y mucho. Lo lamenté sobremanera.

No sé a cuántas rompí el corazón. Lo que sí es seguro es que fue a más de una. A muchas más. Fue el capítulo más negro de la historia de mi vida amorosa.

Catherine, la hermanita de Isabella, también siguió durante bastante tiempo tras de mí hasta que se convenció de lo evidente, lo que para entonces todo el mundo sabía; que yo estaba locamente enamorado de su hermana.

Sin embargo, a diferencia del resto de chicas con las que estuve, con ella no tuve ningún tipo de relación física, carnal. Ni siquiera nos dimos un simple beso en los labios.

Fue la única que se escapó de mi vorágine depredadora.

Pasado aquel tiempo, llegó el momento en que no sabía qué más podría hacer, aunque sí que no podía continuar así. Me estaba muriendo con la desesperación.

Se me ocurrió entonces otra solución, un tanto más drástica.

CAPÍTULO SEXTO

EL MALTRATO

Presa de intensos arrebatos emocionales sin visos de solución, decidí que tenía que buscar otra solución a mi desesperada situación y la encontré. Decidí alejarme de Isabella

Era algo obviamente muy difícil, dada la cercanía diaria entre ambos a causa de nuestro común lugar de trabajo. Como aquello era algo que no podía evitar, se me ocurrió una estrategia mucho más extrema; ¡tratarla mal!.

Lo primero que hice fue dejar de hablarle. No había motivos ni razones aparentes. Simplemente dejé de dirigirle la palabra. Dejé de saludarla con el tradicional "buenos días" o "buenas tardes" con que saludaba al resto de compañeros de trabajo, o el "hasta luego" o "hasta mañana" con que me despedía al finalizar la jornada laboral.

Cuando veía que estaba en algún sitio hablando con alguien, procuraba no acercarme a él.

De otra parte, dejé de visitar a su familia. Evité volver a ir a sus constantes fiestas y celebraciones.

En cuanto Isabella notó el cambio en mi conducta, me preguntó qué me pasaba. Le dije que nada, pero que si podía ser, me hiciese el grandísimo favor de mantenerse lo más alejada posible de mí, que ni me viera.

Se lo tomó a risa.

—Cómo se ve que todavía eres un niño —dijo—. Avísame cuando quieras que te traiga el biberó.

No le repliqué, aunque pensé:

—A ti sí que te va a dar Samuel Parker tu biberón cuando llegues a casa, ¡cerda.

Desde entonces, cada vez que tuve la oportunidad, le hice gestos de

desprecio. Le pedí que no me hablara si no era absolutamente necesario. Que si lo iba a hacer, solo fuese por estrictas cuestiones laborales.

Se volvió a reír de mí, la muy atrevida. No se lo tomaba en serio.

Pasado algún tiempo, ocurrió un incidente en la oficina que debió hacerle ver que no bromeaba con el tema del distanciamiento. Fue el día que cumplí los veinte años de edad. Se acercó a entregarme un pequeño presente y a felicitarme con un beso en la mejilla.

Cometí una de las peores barbaridades que he cometido en toda mi vida.

Le hice la cobra. Aparté la cara cuando se acercó a besarme. Le dije que se lo agradecía mucho pero que no quería regalos suyos.

La pobre se quedó de pie ante mí con el brazo extendido, mientras yo miraba para otro lado para no verle la cara.

Después de unos breves instantes de vacilación, bajó el brazo descolocada, se dio media vuelta y regresó a su lugar de trabajo. Las lágrimas corrieron espontaneas por sus mejillas.

En cuanto vi que se marchaba, dije en un tono de voz lo suficientemente alto para que escuchara:

—¡Vete a joder a otro!

Ni tan siquiera se volteó a mirar.

Fue una escena brutal, tremenda. Quizás lo que le dio mayor dramatismo fue el hecho de que no estuvimos solos. Varios compañeros de trabajo estaban por allí cerca y fueron testigos presenciales. Todos ellos se enfadaron conmigo. El único que no se enfadó fue Christian, que también estaba allí. Aparte de mí, era el único que conocía bien las razones de mis conductas. Sin embargo, me lo recriminó expresamente.

—Esta vez sí que te pasaste de verdad —dijo consternado.

Por aquel suceso me gané una reprimenda del director del Banco. Cuando se enteró de lo ocurrido (porque de todo se enteraba), me llamó para decirme que no toleraría que una situación similar se volviese a repetir. Le dije que hiciese lo que considerara oportuno. Que a mí no me estuviera diciendo nada. Que en cuanto quisiera, tendría mi renuncia firmada en su escritorio. Dijo que no le desagradaba la propuesta y que igual hasta se lo

pensaría.

Desde que ocurrió aquel desafortunado incidente, Isabella y yo no volvimos a hablarnos más, tal y como yo quería.

Para mi desgracia, aquella tampoco fue la solución. No dejé de pensar en ella un solo instante. No era algo voluntario. Estaba metida en mi cerebro a todas horas. No lo podía evitar.

Lamenté haberla conocido. Me arrepentí mil veces de haber aceptado aquel trabajo en el Natwest Bank, e incluso, hasta de haber nacido.

Estaba sufriendo una barbaridad.

CAPÍTULO SÉPTIMO

LA REUNIÓN

Pasado algún tiempo, uno de aquellos días, Christian se acercó a mí a media tarde para entregarme una nota.

—¿De quién es eso? —pregunté extrañado.

—De tu amor —dijo con cierta socarronería.

—¿Qué amor? ¿Tú eres tonto o qué te pasa? —le pregunté, evidentemente desanimado.

—Es de Isabella —dijo—, y no me voy a ir de aquí hasta que la leas.

—Pues no me da la gana —dije, y tomé la nota y la eché en la papelera.

—Mira Franklin... —dijo Christian notablemente incómodo— Te voy a decir una cosita y te la voy a decir completamente en serio. Si no agarras la maldita nota ahora mismo de la papelera y la lees delante de mí, vas a perder al último amigo que te queda en esta oficina, o sea yo. Así que por lo poco o mucho que estimas nuestra amistad, te agradezco que agarres la puta nota de una vez y la leas. No te lo voy a volver a repetir.

Y se estuvo un rato de pie ante mí esperando a que me decidiera.

—Bueno, vale —dije después de unos momentos de vacilación—. A ver qué quiere ahora esta mujer de mí.

La nota era una invitación para reunirme con Isabella aquella noche después del trabajo. La leí en voz alta delante de Christian. Decía así:

Hola Frank.

Necesito hablar contigo. Si te es posible, pásate esta noche por mi departamento después que termines de trabajar. Es importante para mí.

Un saludo.

Fdo: Isabella.

—¿Qué querrá esta loca ahora? —le pregunté a Christian.

—No lo sé —contestó—. Yo que tú iría. A ver si de una vez por todas arregláis las cosas entre ustedes.

—No hay nada que arreglar —le dije—. Pero bueno, me lo voy a pensar. Decidí acudir a la invitación.

Al llegar, Isabella me invitó a tomar asiento en uno de los muebles de la sala. Me preguntó si quería tomar algo y negué con la cabeza.

—¿Está Samuel Parker aquí? —le pregunté sin siquiera saludarla.

—No —contestó ella—, ahora mismo anda de viaje de negocios por los Estados Unidos. Hasta dentro de dos semanas no regresará.

Pasé hasta la sala y me senté en el mueble más grande. Ella se colocó a mi lado en una silla de madera.

—Tú dirás —le dije en tono frío y distante.

—Pues... —comenzó a decir un tanto insegura—, quería hablar contigo fuera del Banco porque estoy un poco preocupada.

No le pregunté por qué. Guardé silencio mientras retomaba su disertación.

—Estoy preocupada por ti —dijo tímidamente—. Esos cambios repentinos de actitud de tu parte me tienen desconcertada. Me gustaría que me dijeras qué es lo que te pasa, qué te he hecho para que me trates así.

No quise contestar.

—Aun por encima Frank —dijo retomando al cabo de unos momentos su discurso—, has cambiado completamente de actitud no solo conmigo, sino también con el resto de tus compañeros de trabajo. Todos se preguntan qué es lo que te pasa, por qué te comportas de esa manera.

Seguí en silencio mientras ella esperaba por mis respuestas.

—¿Has terminado? —le pregunté después de unos tensos momentos en silencio.

Y sin dejarla contestar, me puse en pie y me dirigí a la salida.

—¡Espera! —dijo viniendo tras de mí—. ¿Es que no tienes nada que decirme?

—¿Me haces el favor de abrirme la puerta? —le pregunté con el ceño

fruncido y cara de indignación.

—¡No me da la gana! —dijo interponiéndose entre la puerta y yo—. De aquí no te vas a ir hasta que no me des una respuesta.

—¿Eres mi madre ahora? —le pregunté indignado— Apártate de mi camino y ábreme la maldita puerta ahora mismo que me voy de aquí —dije en tono amenazante—. No tienes ningún derecho a retenerme contra mi voluntad.

Isabella se quedó de pie frente a mí, mirándome fijamente a la cara durante unos momentos sin saber qué hacer.

—Frank... —dijo con voz entrecortada—, por favor no te vayas, escúchame.

—Ya oí todo lo que tenía que oír —le dije—, ahora, si eres tan amable, ábreme la maldita puerta que tengo que salir.

Se acercó hasta mí con cara de preocupación, me tomó suavemente de las solapas de la chaqueta y dijo:

—Frank, por favor, no sigas por más tiempo con esto. Yo te tengo mucho aprecio y mucho cariño. De verdad te lo digo.

—¡Suéltame! —exclamé, retirando sus manos bruscamente—. No necesito de tu aprecio ni tu cariño. Nunca te los he pedido.

Y apartándola de delante de mí con un suave empujón, salí de allí cerrando la puerta de un tirón.

Estuve deambulando por la ciudad sin rumbo fijo durante horas. Las ideas giraban en mi cabeza como un huracán oscuro, negro, horrible. Me sentía completamente desubicado, desolado.

La estrategia de tratar mal a Isabella se estaba volviendo en mi contra. De solo pensar que la estaba pasando mal por mi culpa, me daban ganas de pegarme, de maltratarme, de suicidarme. Odiaba mi vida. Odiaba el monstruo en que me estaba convirtiendo.

—¿Qué tipo de mierda eres? —gritaba una voz aterradora desde los confines de mi conciencia— ¿Cómo pudiste tratarla así, con lo mucho que dices que la quieres? ¡Mentecato! ¡Estúpido! .

Nadie podía entender lo imbécil que yo era, ni mucho menos yo mismo.

Mientras más daño le hacía a Isabella, mayor era el que yo padecía. Por cada lágrima que derramaba, de mis ojos brotaban miles. Cada gota de su dolor era un océano de tormentos para mí.

Estaba atrapado en un gigantesco mar de contradicciones.

Necesitaba que alguien me pegara, que me maltrataran a mí también.

Me estaba volviendo loco.

CAPÍTULO OCTAVO

TREVOR

Los cambios en mi humor comenzaron a hacerse evidentes donde quiera que estuviese. Mi madre fue una de las primeras en notarlos. Al llegar a casa del trabajo, no quería estar con nadie. Me iba directo a mi habitación hasta el día siguiente. Dejé de tomar la cena. También dejé de jugar al fútbol los fines de semana y de hacer mis diarios ejercicios.

Yo, que era un poco obsesivo con el tema de la limpieza, comencé a dejar mi cama sin hacer y la habitación completamente desordenada. Las ropas sucias se acumulaban por doquier. Ni siquiera las echaba en el cesto. Las dejaba en cualquier lugar.

Hubo un incidente que vino a empeorarlo todo.

Un día hicimos una reunión familiar en una finca que mi madre tenía en el campo. No había forma de llegar ni de salir de allí a no ser que tuvieses coche. El transporte público no pasaba por aquella zona. Estaba bastante alejada de la carretera principal.

Aquel día tuvimos alrededor de cincuenta invitados. Celebrábamos el cumpleaños de mi madre. Y como todos los años, matamos un cerdo y nos lo comimos completo.

En un momento dado, a mitad de la celebración, coincidimos en una conversación en un grupo de hombres, mis dos hermanos y yo. Como cosa curiosa, estaban hablando del calzado femenino.

Trevor, mi hermano mayor, decía:

—Pues supieran ustedes que a mi novia no le gusta usar zapatos de tacón alto. Los detesta, la tía »

—A Lucía tampoco —dijo Bernie refiriéndose a su novia—. No recuerdo haberla visto nunca en tacones. Dice que eso le hace daño en la columna » .

—Además que tampoco podría —replicó Trevor en son de burla—, los reventaría con el peso, la muy gorda.

Bernie, muy poco dado a enfadarse con los frecuentes comentarios despectivos de Trevor, ni siquiera se molestó en comentar.

Seguidamente, dije yo:

—Ah pues a Isabella no le importa. Le da igual ir con tacones que con zapatos de tacón bajo. Yo la he visto...

Y antes de que pudiese continuar hablando, Trevor interrumpió mis palabras para decir con gran desprecio:

—Oye, perdona, nosotros aquí estamos hablando de nuestras mujeres. Esa tipa no es mujer tuya. Es la mujer de otro.

Y al decirlo, sonrió de modo cruel.

Todos los presentes se quedaron sorprendidos, impactados. A aquellas alturas, muy pocos ignoraban mis sentimientos por Isabella. Acto seguido, se apartaron de nosotros, se alejaron del lugar.

Yo me quedé completamente petrificado, mudo. No supe cómo reaccionar ni qué decir. Me puse pálido como una tiza. Fue un comentario que ni yo ni nadie se esperaba. Crueles y bárbaras palabras.

La fiesta terminó para mí en aquel preciso instante, no así para Trevor, que se retiró a otra zona de la casa con el resto de invitados.

Hubo uno que le dijo:

—¡Te pasaste! De verdad que te pasaste.

Y yo lo oí claramente.

—Se lo tiene merecido —dijo Trevor luego—, por andar enamorándose de la mujer de otro. ¿En qué cabeza cabe semejante disparate? Ese chico tiene que ser subnormal. Le faltó media hora de horno al nacer, como mínimo.

Bernie fue el único que no se retiró de mi lado. Sorprendido como todos los demás por lo que acababa de ocurrir, e intuyendo lo profundo de mi bochorno, susurró unas pocas palabras a mi oído intentando consolarme.

—No le hagas caso Frank —dijo—, ya sabes que ese Trevor es un perfecto imbécil. No te amargues la fiesta por él .

Pero no pudo ser. La herida me dolió demasiado como para no tenerla en cuenta. Fue demasiado profunda.

Cabizbajo y abatido, salí de la casa caminando muy despacio. Dos horas después, uno de los invitados a la fiesta me encontró más adelante andando por la orilla de la carretera a varios kilómetros de allí. Había dejado el coche en nuestra casa de Birmingham, y pretendía hacer el camino de vuelta hasta la ciudad a pie. Pero el camino de regreso era demasiado largo y oscuro, por lo que acepté que me llevaran de regreso.

Cuando llegamos a Birmingham, le pedí a mi amable chofer que me dejara en el centro de la ciudad, por la zona de bares. Una vez allí, entré a uno de ellos cuyo nombre no recuerdo, y tomé un número indeterminado de tragos de whisky. Volví a casa completamente ebrio, muy entrada la madrugada.

Desde aquel día, mis relaciones con mi hermano Trevor, ya de por sí distantes, quedaron rotas. No volvimos a hablarnos más.

Dos meses y medio después, mi madre sacó el tema en medio de una cena en la que estaba la familia al completo sentada en la mesa, es decir, mi madre, mis dos hermanos y yo.

—Hijo mío —me preguntó directamente— ¿Hasta cuándo vas a estar sin hablarle a tu hermano?.

No quise contestar.

—¡Déjalo tranquilo! —exclamó él—. Ni falta que hace. Que haga lo que quiera con su vida.

Su desparpajo me irritó.

—¿Me meto yo en la tuya? —le pregunté indignado.

—No —dijo a continuación—, pero yo no estoy enamorado de la mujer de otro.

—¿Y eso te da derecho a meterte en mi vida? Además, ¿cómo lo sabes? A ti eso no te consta.

—Nooooo... —dijo usando nuevamente el sarcasmo típico en él—, si es que eso no lo sabe nadie. Solo los civiles y los militares. Nadie más.

—¿Y qué si es así? —respondí vehemente— ¿Es problema tuyo? ¿Por

eso tenías que humillarme ante todo el mundo?.

Viendo el ambiente de crispación cada vez mayor que iba tomando la discusión, mi madre decidió intervenir.

—¡Haya paz! —exclamó—. Somos una familia. Pequeña, pero una familia. Es normal que tu hermano se preocupe por ti.

No me agradó que mi madre se pusiera de su parte, que lo justificara.

—¡Eso no es preocuparse! —dije con mucha energía— Lo de este fueron ganas de dañar, de maltratar, de vejarme públicamente. ¿Te parece medio normal lo que hizo? ¿Lo justificas? Fui el hazmerreir de la fiesta, la anécdota. Todavía habrá gente riéndose de mí. Nunca más podré volver a ver la cara de esa gente.

—¡Bah! —dijo mi madre— Tampoco exageres.

Y como si ya no estuviese suficientemente incómodo, tuve que soportar un nuevo comentario sarcástico de Trevor, fiel a la línea de sus desprecios.

—Hazmerreir fuiste por venirte caminando —expresó sonriendo de forma vulgar y socarrona. Ahora cállate que tengo hambre y quiero comer tranquilo.

Bernie, que durante toda la conversación se había limitado a contemplar la escena en el más absoluto de los silencios, intervino entonces.

—¡Eres malo! —dijo a Trevor con gran aversión— ¡Eres cruel y malo! Lo único que querías con aquel comentario era dejarlo en ridículo, y lo lograste. Te aseguro que si me hubieses dicho a mí algo así, ten por seguro que como mínimo te habría estampado la botella de cerveza contra la cabeza. Esas cosas no se hacen. Eres una mierda fétida y asquerosa.

—¿Ah sí? —dijo Trevor continuando con su sarcasmo— Pues no lo sabía, fíjate tú. Qué bueno que me lo dijiste.

Y continuó comiendo con la mayor tranquilidad, como si nada de aquello tuviese la menor importancia para él.

Entonces, intervine nuevamente.

—¡Eso digo yo! —dije subiendo considerablemente el tono de voz—. A ver si te habría gustado a ti que te dijese algo así. Meterte en tu vida es lo que tienes que hacer ¡Déjame la mía en paz!

Y diciendo aquello, me marché a mi habitación dejando mi cena sin tocar sobre la mesa.

Una vez en mis aposentos, me tendí sobre la cama en la posición de boca abajo y lloré amargamente de impotencia como nunca antes lo había hecho. Volví a tener la desagradable sensación de que había superado los límites de mis angustias y sufrimientos, que ya no podía más.

Una de las cosas que me agobiaba tremendamente era la situación de mi madre. No porque me sintiese atacado por ella o porque pensara que estuviese metiéndose con mis cosas, sino porque sabía que, a su particular manera, ella también sufría sabiéndome en aquel estado de desesperación. Aquello era algo que me atormentaba aún más. Mucho más.

Hasta entonces mi madre nunca había querido hacerme ningún comentario sobre mis sentimientos por Isabella. Sin embargo, yo sabía que no estaba de acuerdo con ellos, y que desahogaba sus preocupaciones conversando con Trevor, su hijo favorito. Algo que siempre negó.

El hecho de que durante la cena no hubiese salido en mi defensa, corroboraba aún más mis sospechas. Estaba en total desacuerdo con mi enamoramiento.

Mientras estuve en mi habitación pude escucharlos conversando afuera. Pegué el oído a la puerta para oír mejor. Fue entonces cuando escuché algo que dijo mi madre que me heló la sangre.

—¡Y todo esto por una puta! —decía entre sollozos— Debería ir ahora mismo a la casa de esa mujerzuela a darle de cachetadas. Si algún día me llego a encontrar con ella frente a frente juro por Dios que lo mínimo que haré será arrastrarla por los cabellos .

Luego se escuchó a Bernie decir:

—Si quieres que Frank se vaya de esta casa y no regrese nunca más, vete donde Isabella ahora mismo y haz lo que estás diciendo .

Y finalmente, también a Trevor:

—Ni se te ocurra hacer semejante barbaridad —dijo—. Vamos a esperar un tiempo a ver si se le pasa. »

—¡Qué locura! —pensé—. « Esto se está convirtiendo en un verdadero infierno ¿Y ahora qué hago yo? » .

Los días siguientes fueron negros para mí. Un profundo sentimiento de tristeza y autocompasión se apoderó de mí. Sentía una lástima profunda por mí mismo. Estaba como un perro herido que solo se dedica a lamer sus heridas.

—¿Te crees el centro del universo? —me preguntó Christian de improviso un día.

—¿Cómo dices? —le pregunté sorprendido.

—Ya oíste, no te haga el bobo —contestó—. Que si te crees el centro del universo, dije.

—¿Y eso a qué viene ahora? —le pregunté.

—No tiene la culpa la estaca si el sapo salta y se ensarta —dijo en tono jocoso—. El director me llamó para preguntarme si sabía qué te pasaba.

—Otro... —murmuré— ¿Y tú qué le contestaste?

—Que no sabía nada —dijo—. Le dije que eras un tío muy raro.

—¿Y él qué te dijo?

—Nada —dijo—, solo eso.

Después de una breve pausa, preguntó:

—¿Y con Isabella qué tal? ¿Arreglaste las cosas?

—No hay nada que arreglar —le dije.

Después, me levanté para ir al baño, dando por concluida así la conversación.

—Va a ser verdad lo que dicen todos; que eres un niño —dijo a mis espaldas.

Para variar, volví a hacerme el que no lo había oído.

Al regresar, aún estaba allí esperándome.

—Me parece que quieren despedirte —dijo.

—¿Y a qué están esperando? —le dije yo— ya están tardando.

—¿De verdad no te importa?

—No

—¿Y por qué no te vas tú entonces?

—¿Que renuncie dices?

—Sí, que renuncies digo.

—Renunciaría si estuviese haciendo algo mal. Que yo sepa, estoy cumpliendo fielmente con mi trabajo.

—Ya..., pero ahora te la pasas de mal humor.

—¿Y qué?

—Que eso afecta en el rendimiento de tu trabajo

—¿De qué manera?

—No lo sé, pero afecta.

—¡Vete a cagar!

—No gracias —dijo—, ahora mismo no tengo ganas.

—¿Te dijo él que me quería despedir?

—No —dijo Christian—, es solo una impresión que he tenido.

—Pues a ver si es cierto —le dije concluyendo así con nuestra conversación.

CAPÍTULO NOVENO

IDA Y VUELTA

Una semana después de mi conversación con Isabella, minutos antes de que llegara la hora de la salida, el director del Banco me llamó para darme la noticia de que me habían despedido.

—Franklin —dijo—, el Banco agradece mucho tus servicios de estos años, pero nos hemos visto en la necesidad de prescindir de tus servicios.

No me lo esperaba. Me quedé de piedra.

—¿Cómo? —le pregunté sinceramente alarmado.

—Como lo oyes —dijo—. Hemos recibido instrucciones de reducir el personal, y se ha decidido que eres tú quien se tiene que ir.

—Vale... —dije titubeando— Lo he entendido.

—Puedes ir a recoger tus cosas personales. Se te va a indemnizar como es debido. En cuanto esté lista tu liquidación te llamaremos para que pases a retirarla.

—Muy bien —dije poniéndome en pie y extendiendo la mano para estrecharla contra la suya—. Gracias por todo entonces.

—Ok —dijo él en tono frío y distante.

Pasé por mi escritorio. Saqué unas pocas cosas guardadas que tenía en las gavetas, las metí en un sobre de papel, y salí de la oficina como todos los días.

No me despedí de nadie al salir. Además del director y yo, nadie más sabía lo que acababa de ocurrir.

Cuando llegué a casa, entrada ya la noche, fue que pude asimilar lo ocurrido. Mi madre estaba en la cocina preparando la cena. Entré directamente a mi cuarto tras saludarla con un "Hello Mother". Dejé el sobre con mis cosas sobre mi cama, y luego fui a reunirme con ella.

—Me acaban de despedir del trabajo —le dije directamente.

Volteó a mirarme, obviamente sorprendida.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo que oyes —dije.

—Aún no has terminado de pagar el coche —dijo después de unos instantes.

—¡Caramba! —dijo un tanto desconcertado— ¿Eso es lo único que te preocupa?

—No, no... —dijo vacilante— ¿Cómo te sientes tú?

—Normal —le dije—. Creo que aún no termino de creérmelo.

—¿Pero qué pasó? —dijo sentándose en una silla a mi lado— ¿Tuviste algún problema?

—¡No! —dije.

—¿Y entonces? —preguntó extrañada— ¿Qué te dijeron? ¿Que te despedían sin más?

—¡Sí! —dije— El director dijo algo de que tenían que hacer reducción de personal o algo así.

—Bueno pues tú no te preocupes hijo —dijo dándome ánimos—. Bancos es lo que más hay en este país. Tú eres joven y preparado. Ya verás como encuentras trabajo de nuevo más rápido de lo que imaginas.

—Pues sí —le dije—, eso fue lo que pensé yo.

Se levantó de su asiento para seguir con sus cosas en la cocina.

—¿Vas a cenar, hijo? —preguntó.

—Sí, hoy sí —le dije—. Ah, y por lo del coche no te preocupes. Con el dinero de la liquidación seguro que me alcanza para pagar lo que me falta.

Los días siguientes fueron de descanso, reflexión y meditación.

Una semana después, el director del Banco me llamó para decirme que regresara a mi trabajo, que había habido un error, que no estaba despedido.

Sus palabras me sorprendieron casi tanto como las que me dijo cuando me despidió.

—¿¡Qué!?! —exclamé, verdaderamente sorprendido.

—Lo que estás escuchando —dijo—; que vuelvas a incorporarte a tu trabajo a partir de mañana, que no estás despedido. Estos días que no trabajaste se te descontarán de los que te corresponden por vacaciones.

—¿Esto es una broma o qué? —pregunté.

—¡Que no! —exclamó—, que perdones las molestias ocasionadas y regreses a tu puesto de trabajo.

—Vale, vale. Lo que usted diga.

Y diciendo eso, di por concluida la comunicación.

Cuando mi madre se enteró de la nueva noticia, fingió alegrarse por mi regreso. Su verdadera alegría se había producido cuando me despidieron y no ahora. Que me apartara de una vez por todas de Isabella había sido la mejor de las noticias que hubiese recibido en los últimos tiempos.

Al día siguiente regresé a mi empleo. Lo primero que me extrañó fue no ver a Isabella en su lugar de trabajo. Fingí no preocuparme de eso, pero al pasar el segundo y el tercer día sin verla, me mortifiqué verdaderamente.

—¿Qué pasó con Isabella? — le pregunté a Christian simulando indiferencia.

—Ni lo sé ni me interesa —dijo despectivo—. Llámala a su casa si lo quieres saber.

Nadie me quiso dar información.

—No es mi problema —dijo la mayoría de consultados.

Me preocupé verdaderamente. Mil ideas comenzaron a darme vueltas en la cabeza. Especulaciones de todo tipo se atropellaban en mi cerebro.

—¿Tendría yo la culpa de lo ocurrido? »

—¿La habían echado a ella también.

—¿Qué pasó con Isabella? —pregunté directamente al director, entrando a su oficina evidentemente angustiado.

—Está de vacaciones —dijo frío y distante—. Y no vuelvas a entrar a mi oficina sin pedir permiso antes.

—Muy bien —dije, y salí de su despacho.

CAPÍTULO DÉCIMO

EL CHANTAJE

Una de aquellas tardes el director del Banco se encontró a Isabella llorando escondida en el salón de los archivos.

—¡Pero bueno! —exclamó sorprendido— ¿Qué te pasa Isabella?

—Nada —dijo ella— es un problema familiar. No se preocupe. Estoy bien. Ya se me pasará.

—¿Seguro que estás bien? Me puedes contar lo que te pasa.

Isabella negó con la cabeza mientras intentaba contener las lágrimas.

—¿No tendrá nada que ver con Franklin? —preguntó el director.

Isabella volvió a negar con la cabeza

—¿Por qué tendría que ver con él? —preguntó.

—No, por nada, es que como hace poco tuvieron un problema entre ustedes, pensé que...

—No tiene nada que ver —dijo impidiéndole terminar la frase—, ya le dije que es un problema familiar.

El director no se quedó satisfecho con las explicaciones, y encomendó a Rocío, una de sus empleadas de mayor confianza, que averiguara las razones de los malestares de Isabella sin que ella se enterara que la información iba a ser para él.

Pocos días después, Rocío le rindió cuentas. Le dijo que efectivamente se trataba del mismo problema de siempre; Franklin. Isabella le contó que me había invitado a arreglar las cosas en privado a su casa y yo la había tratado con cierto desprecio. También le dijo que se estaba pensando muy seriamente en renunciar a su trabajo si aquello continuaba así por mucho más tiempo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el director— Ya verás como arreglo yo esto rapid.

Y aquella misma tarde me despidió.

Dos días después, Isabella entró a la oficina del director aprovechando que en aquel momento estaba desocupado, para entregarle un escrito firmado por ella.

—Permiso —dijo—, vengo a entregarle este documento.

—¿Qué es? —preguntó el director sin desviar la mirada de la pantalla de su ordenador.

—Mi renuncia — le soltó sin anestesia.

—¿¡Cómo!?! —exclamó sorprendido, al tiempo que levantaba la vista para encontrarse con la suya— ¿Te has vuelto loca?

—Puede ser —balbuceó escuetamente Isabella.

—¿Y a qué viene esto ahora?

—Es muy fácil; no quiero seguir trabajando en este lugar.

—¿Y eso por qué? ¿Qué te hizo tomar esa determinación?

—Me enteré que echaron a Franklin por mi culpa, y no estoy dispuesta a cargar con semejante peso de conciencia.

El director se pasó la mano izquierda por la barbilla, respiró profundamente, y acto seguido se levantó de su asiento, se dirigió hasta la puerta de su despacho y la cerró suavemente.

—Siéntate un poco Isabella, que esto tenemos que hablarlo —dijo, acercándole una de las sillas—. ¿Quién te dijo que habíamos echado a Franklin por tu culpa?

—Nadie, es una simple suposición. Y ante la duda...

—Déjame ver cómo te explico esto —dijo el director acomodando su cuerpo en su asiento— Verás... Desde hace algún tiempo, ese Franklin venía dando ciertos problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Problemas de conducta. De un tiempo para acá su personalidad había cambiado radicalmente. Dejó de relacionarse con sus compañeros. Se la

pasaba malhumorado, mal encarado, y eso estaba generando un ambiente muy desagradable. Esta es una institución donde trabajamos de cara al público, de cara a unos clientes.

—Franklin no trabajaba con el público.

—No, pero sí de alguna manera.

—Esa es una contradicción.

—Puede ser —dijo el director comenzando a ponerse nervioso—, pero ocurre que yo soy el director de esta oficina, y cuando digo que se tiene que hacer algo se hace y punto. No tiene por qué haber discusión. Le tenía advertido que si no modificaba su conducta se tendría que ir a la calle. La decisión fue suya, no mía.

Aquella actitud soberbia y dominante del director, incomodó a Isabella, que dijo:

—En los siete años que llevo trabajando aquí, nunca vi que despidieran a nadie porque estuviese malhumorado. Y hay aquí gente que tiene un humor muchísimo peor que el de Franklin. Está pasando por una etapa muy difícil de su vida. Todos hemos pasado por algo así. Algunos estábamos tratando de ayudarlo ¿sabe?, pero no es fácil. Hay que entender que es solo un niño. Aún no ha madurado. ¿Cómo lo vamos a ayudar castigándolo, echándolo de aquí de esa manera? Eso es profundamente injusto. Debería haber tenido un poco más de paciencia con él, preguntarle qué le pasaba, tenderle una mano. Ese chico no le hace daño a nadie que no sea a sí mismo. Es simplemente un inmaduro.

—Me parece bien todo eso que dices Isabella, pero esta es una decisión que ya está tomada. Es irreversible. No puedo hacer nada.

—También la mía lo es —dijo ella con firmeza—. Tampoco yo puedo hacer nada. No voy seguir trabajando en este lugar en estas condiciones. Así que si es usted tan amable, reciba mi carta de renuncia y fírmeme una copia que la necesito para marcharme.

El director se detuvo por unos instantes a leer el texto completo, y después volvió a dirigirse a Isabella.

—No puedes hacerme esto Isabella. Son muchos años trabajando conmigo. Nunca habíamos tenido esta clase de problemas.

—Así es, ahora si me hace usted el favor de entregarme la copia firmada, se lo agradezco que me tengo que marchar.

—¡Mira mi firma! —exclamó el director mientras tomaba la renuncia entre sus manos y la rompía en pedazos delante de ella.

Isabella se quedó atónita. No se esperaba una reacción así.

—No puede hacer eso —dijo.

—¿Que no puedo dices? —preguntó el director, mientras terminaba de seccionar en trocitos más pequeños la carta de renuncia—, pues ya lo estoy haciendo. Lo único que no puedo hacer es aceptar esto.

Después de terminar de trocear el documento en decenas de fragmentos, los lanzó a la papelería, y luego volvió a dirigirse a Isabella.

—¿Qué quieres que haga para que no te vayas Isabella?

—Quiero que Franklin regrese a su trabajo.

—Pides demasiado, pero está bien. Lo haré. ¿Algo más?

—Sí. Quiero mis vacaciones. Hace mucho que no las tomo y necesito de un descanso largo.

—¡Concedido también! Te corresponden tres meses de vacaciones por los años que llevas sin disfrutarlas. Te puedes mañana mismo, si quieres. Ahora me pondré a arreglar todo el papeleo.

—Lo haré —dijo Isabella, un poco atolondrada por la dinámica que había tomado aquella situación—. Y lo de Franklin, ¿para cuándo?

—Para mañana, también. Ahora lo llamaré para que se reincorpore a su trabajo a partir de mañana. ¿Quiere algo más su alteza real?

Isabella sonrió un tanto abochornada.

—No —dijo escuetamente—, nada más. Gracias.

Y se puso de pie para salir de la oficina.

—Una última cosita Isabella... —dijo el director antes que se marchara— Te interesa mucho ese chico, ¿no es cierto?

Isabella lo miró sin mirarlo durante breves instantes, con la mirada perdida en sus pensamientos. Después, se marchó sin contestar.

CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO

LA CONFESIÓN

La coincidencia de mi extraño despido, mi posterior regreso y la repentina toma de vacaciones de Isabella hicieron que sospechara que todo aquello pudiese haber sido culpa mía. Volver al trabajo y encontrarme con que Isabella no estaba allí, en su lugar de siempre, era verdaderamente terrible.

Debía estar contento por regresar, pero no era así. Sentía como si hubiese vuelto por voluntad propia a manos de mis torturadores, como si fuese yo alguna especie de masoquista.

Ahogado en un inmenso mar de contradicciones y sufrimientos, voltéé mis ojos hacia lo divino. Aunque mi fe en Dios era prácticamente inexistente, apelé a lo poco que aún tenía para implorarle que si verdaderamente existía, viniese en mi ayuda.

No solo se lo pedí a Él, sino también a la Virgen María y a todos los Santos habidos y por haber; a la Corte Celestial completa.

Les imploré que iluminasen mis caminos, que me dijese qué debía hacer, que encendiesen una luz, por mínima que fuese, en el oscuro túnel de mi sufrida existencia, que me diesen las fuerzas que ya no tenía para seguir viviendo.

Completamente abatido, sin saber qué hacer ni dónde ir, una de aquellas tardes, al salir del trabajo, fui caminando hasta la iglesia donde muchísimos años atrás había sido monaguillo.

Aún y cuando las puertas estaban abiertas de par en par, no había nadie en su interior. Se encontraba completamente vacía.

Entré caminando como un gato; sin hacer el menor de los ruidos. Había tanto silencio que solo se oía el ruido de mi respiración. Era como si el tiempo se hubiese detenido.

Una vez dentro, me senté en uno de aquellos bancos de madera grandes

y largos a contemplar las imágenes de los Santos. Me arrodillé muy lentamente, enterré la frente sobre mis manos, y comencé a llorar como un niño.

Estuve así durante un largo rato.

Poco después, sentí cómo alguien colocaba su mano sobre mi hombro.

—¿Quieres confesarte hijo? —oí que me preguntaban en voz muy baja.

Volteé a mirar quién era y vi que se trataba de un viejo sacerdote de pelo canoso.

Mientras me limpiaba los ojos de lágrimas y la nariz de fluidos, en lugar de contestarle con una respuesta, lo hice con otra pregunta:

—¿Está aquí todavía el padre Dylan?

—Hace muchos años que descansa en la paz del Señor —dijo el cura.

—Trabajé en esta iglesia con él de monaguillo en mis años de infancia. A usted no lo recuerdo. Hacía mucho que no venía aquí. Entré hoy por simple curiosidad. Llevo mucho tiempo apartado de la religión. No sé si me pueda confesar en mi condición.

—Supongo que estás bautizado —dijo el cura—, y que antes ya has hecho alguna confesión y tomado la comunión.

—Si padre, eso sí.

—Las puertas de la Iglesia están siempre abiertas para los que se han ido y quieren volver. El sacramento de la confesión solo requiere que hagas un examen de conciencia, que tengas la voluntad sincera de arrepentirte de tus pecados y que cumplas las penitencias que se te impongan.

—¿O sea, que podría confesarme ahora mismo si quisiera?.

—Por supuesto que sí —dijo el sacerdote—. Si te sientes preparado, claro está.

No lo dudé ni por un instante. Vi en aquella oportunidad una ventana por la que escapar momentáneamente de mis tormentos.

—Ave María Purísima —dije cuando entré al confesionario.

—Sin pecado concebida —replicó el cura para preguntar seguidamente —: ¿Quieres confesarte hijo?

—Sí padre, quiero confesarme.

—Muy bien —dijo el padre—, lo primero que debes decir es cuánto tiempo tienes sin confesarte.

—Muchos años padre, creo que desde mi infancia.

—Entiendo, ¿y cuáles son los pecados que quieres confesar?

—He cometido el pecado de no querer seguir viviendo, padre.

—Vaya, es terrible. ¿Y a qué se debe eso, hijo mío?

—Aborrezco mi vida, padre. Estoy sumergido en un horrible tormento. Llevo tres años desesperado por el amor de una mujer que ni siquiera me corresponde. Es la mujer de otro que a su vez está casado.

—¿¡Cómo!?! —preguntó el cura sorprendido— O sea..., ¿que te has enamorado de una mujer que vive con un hombre en adulterio? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Asimismo es, padre —contesté cabizbajo.

—¿Y cómo llegaste a eso, hijo mío? Cuéntame cómo pasó.

—No lo sé, padre —aseveré con rotundidad—. Le aseguro que no me lo explico. Comencé a trabajar con ella en un Banco que queda aquí cerca, el Natwest Bank, y desde el primer día caí rendido a sus pies presa de una devoción infinita. No hay un solo día que no sueñe con ella, uno solo de mis pensamientos en el que no esté. Me dejé atrapar por un cúmulo de sentimientos que ahora no soy capaz de controlar.

—¿Y has hecho algo para olvidarla?

—Todo lo que se me ha ocurrido, padre. Sé que no debo seguir pensando en ella. Lo que no sé es cómo hacer. Estoy francamente desesperado, angustiado. No se puede llamar vida a esto que estoy viviendo. Cada día que pasa es un soportar inmenso de sufrimientos. No veo la hora que llegue la noche y venga el sueño a estar conmigo para tener un poco de paz.

—Entiendo, y vienes a la Iglesia buscando la paz de Dios para tus tormentos.

—Así es, padre.

—Durante mucho tiempo te has mantenido al margen de la religión.

Acudes ahora a la Iglesia porque sientes que no encuentras salidas a tus problemas y piensas que Dios te los va a resolver todos con una simple oración. ¿Crees que Dios es como un objeto que puedes guardar en una gaveta para usarlo cada vez que quieras?

—No padre —respondí sorprendido ante lo que sentí como una reprimenda—. No se trata de eso.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó el cura continuando con el tono altanero—. Tendrás que explicármelo porque yo no lo entiendo. Andas obsesionado detrás de una mujer adúltera, una pecadora alejada de los caminos del Señor. ¿Crees que eso está bien? ¿Piensas que Dios puede ver semejante actitud con buenos ojos?

—No lo sé, padre —contesté entre regañado y confundido—. Ayer cuando estaba en mi casa por la noche, me vino a la mente la idea de que existe un Dios. Estuve orando, pidiéndole ayuda durante mucho rato, y hoy decidí acercarme a la iglesia. No hay nada más que eso. No pensé que fuera tan grave lo que estoy haciendo.

—¿¡Tan grave dices!?! —preguntó el cura, sorprendido de mi simplicidad— Estás siguiendo los caminos del mal libremente y no te das cuenta. Has cometido serios pecados mortales. Te has dejado encantar con los cantos de sirena de Satanás. ¿A cuántos más no crees que habrá embaucado esa mala mujer? ¿Cuánto descerebrado no andará también como tú, babeando por ella?

—No padre, eso no es así.

—¿Cómo que no? ¿Cómo es entonces?

—Ella nunca me ha dado esperanzas. No ha hecho nada para que yo me enamore de ella.

—¡Eso no es posible! Quizás es lo que tú te has creído, pero te aseguro que no es así. Si, como dices, esos sentimientos que tienes hacia ella no han hecho más que crecer y crecer desmesuradamente hasta hacerte volver casi loco, es porque ella los ha alimentado. Lo que pasa es que tú no te has dado cuenta, pero así es. Satanás tiene infinitas formas de trabajar. Te aseguro que si fuese una mujer respetable y con principios, nunca te habrías fijado en ella. Está claro que se ha aprovechado de sus encantos femeninos para sumergirte

en esa vorágine de tormentos que ahora sufres. Esa es de las peores.

Las palabras del sacerdote y su manifiesta actitud mordaz me incomodaron sobremanera. Tanto, que estuve a punto de dar por concluida la confesión.

—¡No somos quienes para juzgarla, padre! —le dije enfrentando su retórica sacerdotal.

—Tienes toda la razón, pero piensa en esto que te voy a decir. ¿Te enamorarías de un diamante? ¿A que no? Por muy hermoso que sea un objeto los humanos solo podemos contemplarlo con admiración sin que llegemos a enamorarnos de él. ¿Sabes por qué? Porque las piedras no pueden transmitir sentimientos. Cuando admiras mucho a una persona por su gran belleza tampoco te enamoras de ella. Lo haces solo si captas un sentimiento de reciprocidad. Eso es lo que a ti te ha pasado. Esa mujer ha querido hacer contigo lo mismo que está haciendo con ese hombre casado con el que vive, y quién sabe con cuántos más.

—No ha estado usted allí para saber lo que me ha pasado a mí, padre. Y perdone si estoy siendo grosero.

—Puedes ser todo lo grosero que quieras. Yo te lo perdono todo, hijo mío. Pero piensa que yo soy el menor de tus problemas. ¿Sabes cuál sí es el mayor de tus problemas? ¡Tú mismo! Yo solo soy un siervo de Dios al que has acudido voluntariamente a confesar tus pecados. Estoy obligado a decirte lo que pienso conforme a la palabra de Dios. Grande sería mi error si no te dijera lo que pienso.

—Creo que no debí venir a esta iglesia —dije sin recato.

—Tú sabrás porqué has venido. Si estás aquí es por algo. Viniste voluntariamente, nadie te obligó. Los caminos de Dios muchas veces son difíciles de entender. Las puertas de la Iglesia están igual de abiertas para el que quiere entrar como para quien quiera salir.

—Vine porque necesito ayuda.

—Me parece bien. La única ayuda que yo puedo ofrecerte es la religiosa, la divina, no la humana. Si necesitabas ayuda de los hombres debiste acudir a un psicólogo, no a una iglesia.

—¿Que debería hacer, según usted?

—Arrepentirte de tus pecados, eso es lo que tienes que hacer. Has cometido serios pecados mortales de los que tienes que arrepentirte. Has faltado gravemente a los mandamientos de la ley de Dios. El noveno mandamiento dice: "no consentirás pensamientos ni deseos impuros". Los has tenido a montones. También te has saltado el primero; "amarás al Señor tu Dios por sobre todas las cosas".

—¿Y si no creo que esté cometiendo ningún pecado?

—Por eso debiste hacer un profundo examen de conciencia antes de confesarte. Si crees que no has cometido pecados, no tienes nada que confesar.

—Amar no es pecado, padre.

—Por supuesto que no lo es. La capacidad de amar es un don que nos viene dado desde el nacimiento por el hecho de haber sido hechos a imagen y semejanza de Dios. Nuestra es la libertad de elegir sobre quien vertimos nuestros sentimientos. En eso no interviene la voluntad de nuestro Señor. Tú has elegido libremente amar a esa persona y ahora sufres las consecuencias de tu decisión. No has tenido en cuenta que se trata de una persona que ha decidido entregar su vida a otra por pura lujuria. No has reparado que se trata de una persona que vive de forma adúltera, entregada al pecado, alejada de los caminos de Dios. No puedes esperar que salga nada bueno de eso.

—No he decidido amarla por voluntad propia, padre. No ha sido una elección libre. Lo juro por Dios.

—¡No jures en vano hijo! —exclamó el cura alarmado—. Faltas al segundo mandamiento; "no tomarás el nombre de Dios en vano". No involucres a Dios en tus decisiones. No ha sido Él quien te ha conducido por esos senderos que ahora transitas, sino tu libre determinación. Has permitido que tus sentimientos se enrumben por caminos erróneos. Es por eso por lo que ahora sufres. De allí parten todas tus angustias. No es voluntad de Dios el sufrimiento humano. Él nos enseña lo que debemos hacer y de nosotros depende hacerlo o no. Él no nos obliga. No nos impone a la fuerza sus normas. Respeta nuestras decisiones. Luego las consecuencias no las sufre Él, sino nosotros. Eres un chico joven y enérgico, con toda una vida por delante. De ti depende enrumbar tu camino por la senda correcta, olvidarte de esa mala mujer.

—Eso es muy fácil de decir, padre. Todos piensan que soy fuerte porque soy joven, robusto, dinámico, pero es muy difícil para mí controlar mis pensamientos. Estos sentimientos pueden más que yo. No los puedo controlar, no puedo padre, no puedo.

—¡Claro que puedes! —exclamó el sacerdote— ¡Tienes que ser fuerte! Pon todas tus penas en manos de Dios. Él vendrá a ayudarte, tarde o temprano. Pero recuerda lo que te he dicho antes; la decisión no es suya, sino tuya. Eres tú quien debe tener la voluntad firme de arrepentirte por albergar esos malos pensamientos. Solo así Dios vendrá a ayudarte y te concederá la redención. ¡Aférrate a tu fe!

—Creo que no la tengo, padre.

—Esa ha sido otra de tus elecciones voluntarias. A nadie se le puede imponer el dogma de la fe. Es algo completamente libre. Si te sirve de consuelo te diré que a mi modo de ver sí que tienes mucha fe. Nadie te ha traído hasta aquí forzado. Has venido por tu propio pie. Pregúntate porqué. Solo tú tienes la respuesta. En el fondo de tu corazón reposa la convicción profunda de que hay un Dios que te ama y quiere ayudarte.

—Me gustaría tener más fe padre, pero no me nace. No encuentro a Dios por ninguna parte. Mi vida toda es un tormento y no veo que Él haga nada por ayudarme.

—Dios no vendrá en tu ayuda si tú no quieres ser ayudado. La fe no es un camino al que se llega por una autopista. Es normal que vaciles. Hasta yo alguna vez he dudado. Lo importante es que te arrepientas de tus pecados e inicies una vida nueva teniendo presente el amor de Dios en tu vida.

—Puede que sí que haya pecado entonces, padre.

—Solo podré darte la absolución si piensas que has pecado y estás arrepentido por ello. ¿Estás arrepentido de tus pecados?

—Sí padre —dijo sumiso—, lo estoy.

Luego el cura subiendo un poco el tono de voz, exclamó:

—Dios padre misericordioso que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre y del

Hijo y del Espíritu Santo. Y como penitencia te impongo que reces la oración del padrenuestro en una única ocasió.

—¿Cómo dice padre? —pregunté incierto—, no lo he entendido bien. ¿Dijo que rezara un solo padrenuestro?

—Así es hijo —dijo el cura—; uno solo. A partir de allí puedes orar todo lo que quieras, como si quieres rezar un rosario completo. Yo te impongo como única penitencia que reces un solo padrenuestro. No más que eso. Puedes ir en paz, hijo.

Y diciendo esto último, cerró la ventanilla del confesionario dando por terminada la sesión.

Me puse en pie y pasé a uno de los bancos de la iglesia. Me coloqué en la posición de rodillas y recité en voz baja aquella oración, que ya tenía prácticamente olvidada.

Durante algunos días estuve reflexionando sobre las palabras del cura. Mantenía una fuerte contradicción entre lo que había dicho y lo que yo pensaba. Yo no creía que Isabella fuese una mala mujer, como había dicho él. No la veía como el monstruo que decía. Seguía manteniendo que mis sentimientos eran puros, nobles, aunque coincidía con él en que me estaban haciendo un daño terrible, espantoso.

De todas las cosas que dijo, hubo una que llamó poderosamente mi atención; la de que mi gran atracción estaba motivada por ella misma. Eso de que no hubiese sido posible sentirme tan atraído por ella si a su particular manera no lo hubiese motivado desde el principio. Siendo así, yo tenía la razón; Isabella también se sentía fuertemente atraída por mí. El problema estaba en que sus circunstancias particulares no le permitían expresarlo abiertamente.

El padre tenía razón; no me habría enamorado de ella si hubiese sido un diamante. Manaba una especie de energía invisible imposible de emanar de un objeto frío como una piedra, por muy preciosa que fuese, y que solo yo era capaz de captar. Y si aquello era así, la única razón posible para explicarlo era porque también estaba enamorada de mí. No había otra explicación.

Después de mucho meditar sobre aquellos aspectos, decidí no regresar a la iglesia nunca más. Dispuse que si alguna relación seguiría manteniendo con eso a lo que se llama Dios, la tendría por mi propia cuenta, sin intermediarios. No estaba dispuesto a arrepentirme nuevamente de pecados que no creía estar cometiendo.

Si mi amor por Isabella era un horrible pecado, lo mantendría en silencio hasta que mis fuerzas lo permitiesen. Ya bastante me estaba castigando la vida por ello. Si Dios también quería castigarme por mis sentimientos, asumiría su ira con resignación. No tenía otra alternativa.

El encuentro con el cura solo me sirvió para comprobar que no podía contar con Dios para que me ayudara a resolver mi problema. En el fondo el cura tenía razón. No podía pedir a Dios que me concediera estar con una mujer adúltera, pecadora. Eso sería ir contra los mandamientos.

Estaba en un callejón sin salida.

El volcán de mis tormentos internos haría erupción en mi vida más tarde que temprano, y el proceso había comenzado. La ansiedad, la angustia y los sufrimientos llegaron a su límite. No podía continuar así, y lo sabía. Llegó el momento que no quería ni comer. No le encontraba gusto a la vida por ningún lado.

Hice lo único que podía hacer. Tomé la drástica determinación de acabar con todo aquello de una vez por todas. Decidí que en cuanto Isabella regresara al trabajo de sus vacaciones, presentaría mi renuncia de forma irrevocable. Ya no habría marcha atrás. Renunciaría a mi trabajo y me marcharía nuevamente a Londres a vivir con el tío Bryan. ¡Estaba decidido!

Pasados unos días, pensé que ni siquiera debería esperar a que Isabella volviese de sus vacaciones, ¿para qué?

Lo mejor sería aprovechar que no estaba allí para marcharme de una vez y no tener que volver a verla nunca más en mi vida.

Redacté mi renuncia y me dispuse a presentarla. Ya solo un milagro podría ser capaz de cambiar las cosas, y estaba claro que yo no podía esperar. El cura había sido muy claro conmigo. Dios no iba a interceder por un pecador tan horrible como yo. Hasta yo mismo pensaba que no merecía más que desprecio, dolor y sufrimiento.

Cuando estaba recogiendo mis cosas para marcharme, una voz conocida se escuchó a mis espaldas:

—Frank, atiende el teléfono. Tienes una llamada de Isabella »

CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO

EL DESCUBRIMIENTO

Uno de aquellos días, Isabella recibió una llamada telefónica en su casa del pueblo.

—Hola amiga —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Hola Alice —contestó Isabella—, ¿cómo te ha ido?

—Bien, por aquí todo bien. ¿Cuándo regresas?

—No lo sé aún —dijo Isabella—. Estoy pasando unos días de descanso. He estado un poco estresada últimamente. Ni siquiera sé si quiero regresar. Me lo estoy pensando.

—¿Por qué? ¿Tuviste algún problema en el Banco?

—No exactamente. Hace mucho que estoy allí. Ya voy para siete años. Y en los últimos cinco no había disfrutado un solo día de mis vacaciones.

—Mmmm..., ¿y Samuel qué tal?

Isabella se preocupó. No se esperaba que le preguntara por él.

—Bien, supongo. Ahora mismo anda de viaje de negocios por La India. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Estás segura? —preguntó nuevamente Alice— ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Esta misma mañana me llamó. Me dijo que aún tardaría una semana en volver. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es que... —dijo Alice dudando— ¿Cuándo regresas a la ciudad?

—¿Qué pasa con Samuel? —preguntó Isabella alterándose ligeramente.

—Es que... —volvió a decir Alice vacilante— No sé si debería decirte esto por teléfono.

—¿Qué es lo que pasa Alice? —inquirió Isabella ahora abiertamente preocupada— ¡Dime ahora mismo lo que me tengas que decir!

—Verás amiga. No creo que te merezcas lo que está pasando. Sabes que somos amigas desde hace muchos años. Ayer por la tarde vi a Samuel entrando con una chica en tu departamento.

—¿¡Qué?! ¿Estás segura que era él?

—Amiga, vivo en el departamento que está frente al tuyo. ¿Cómo no voy a estar segura?

Isabella guardó silencio por unos instantes.

—Y no es la primera vez, amiga —se oyó decir a Alice al otro lado de la línea—. Siento haber sido yo quien te diga esto. No me lo podía callar por más tiempo.

—¿¡Será cabrón!?! —exclamó Isabella, profundamente indignada.

—Un sucio es lo que es amiga —dijo Alice—. No solo entra con la misma chica, sino con una diferente cada vez que vuelve.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Isabella casi en estado de shock.

—Espero que no me metas a mí en problemas, amiga.

—No te preocupes Alice. Te agradezco mucho la información. Déjame ver qué hago.

—Siento mucho haber tenido que decirte estas cosas, amiga. Ya sabes que te tengo mucho aprecio. No me pude aguantar por más tiempo. Estaba que reventaba.

—O sea... ¿Que esto estaba pasando desde hacía tiempo? —preguntó Isabella desconcertada.

—Pues sí amiga. Asimismo es. Como lo oyes.

Aquel mismo día por la tarde Isabella llamó por teléfono a Alice para ponerse de acuerdo con ella en un plan para darle la sorpresita a Samuel Parker. Se quedaría una de aquellas tarde en el departamento de aquella esperando a su llegada con su amante de turno. Cuatro días más tarde, el plan se puso en marcha.

—¿Estás segura que vendrá hoy? —preguntó Alice visiblemente nerviosa— A veces pasa tiempo sin venir.

—Sí, estoy segura —contestó Isabella segura de sí misma— Esta mañana me llamó diciendo que estaba muy atareado con sus negocios en La

India, que había conocido gente muy simpática y agradable. Preguntó si no pensaba venir al apartamento y le dije que hasta dentro de dos semanas no tenía pensado moverme del pueblo. Por eso creo que vendrá. Pocas veces me pregunta eso. Seguro que estaba tramando venir a nuestro departamento con alguna de sus mujeres.

Y no se equivocó Isabella en su predicción.

Cuando sintió el ruido de las llaves de Samuel Parker entrando en el apartamento, sintió que la sangre se le congelaba en las venas. Se asomó por la mirilla y vio a su tan amado prometido con una chica jovencita entrar a su vivienda.

—¡Maldito seas, Samuel Parker! —exclamó en voz baja.

Y lloró de ira durante breves instantes. El llanto dio paso a la decisión. Pocos minutos después, entró al apartamento, pasó rápidamente a su habitación y se encontró con el más desagradable espectáculo que sus ojos hubiesen visto antes; Samuel Parker deleitándose en las artes amatorias sexuales con su amante de turno, ¡en su propia cama!, ¡ante sus propios ojos!.

No se lo podía creer. No podía dar crédito a semejante despropósito. La sangre se le subió a la cabeza. Deseó fervorosamente golpearlos a ambos con sus propias manos, sin embargo tuvo la suficiente lucidez mental como para abstenerse de incurrir en conductas agresivas.

Por su parte, Samuel Parker y la joven desnuda sobre él se quedaron petrificados cuando la puerta de la habitación se abrió repentinamente, dejando paso a la encolerizada Isabella. Todo quedó en silencio. Se quedaron tiesos, como estatuas.

Después de unos breves momentos sin que nadie se atreviera a dar el primer paso, Isabella se dio media vuelta, cerró la puerta de la habitación tras de sí, y salió del apartamento y de la vida de Samuel Parker con la intención de no regresar nunca más.

Lo que durante tanto tiempo le había venido insinuando mucha gente había resultado ser cierto; su prometido era un grandísimo mentiroso.

Hasta el último momento, Isabella mantuvo la esperanza de que todo aquello fuese una burda mentira, una falsa realidad. En aquel momento sintió como todo su mundo se venía abajo cual castillo de naipes. Las esperanzas de

la boda con Samuel Parker desaparecieron de un solo golpe.

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

EL CONSUELO

El día que ocurrieron los infaustos acontecimientos de Samuel Parker y su amante de turno, yo estaba recogiendo mis cosas para marcharme del Banco. Para entonces ya habían transcurrido tres años desde que había comenzado a trabajar en el Natwest Bank.

Desesperada y aturdida, Isabella había salido de su apartamento caminando por las calles sin rumbo fijo, y no se le ocurrió mejor idea que llamarme precisamente a mí por teléfono al Banco. A mí, que estaba enfadado con ella. A mí, que llevaba bastante tiempo sin hablarle.

Cuando me dijeron que era ella quien me llamaba, me alarmé. Incluso pensé que era una broma de mal gusto de Christian, que fue quien me pasó la llamada.

—Frank —dijo en tono serio—, atiende el teléfono. Tienes una llamada de Isabella.

—¿¡Qué!?! —pregunté sorprendido.

—Que sí, que te llama Isabella —dijo con firmeza—. Atiende que dijo que era muy importante.

Era una llamada muy rara, demasiado extraña.

—Frank... —le escuché decir al otro lado de la línea—, necesito verte. Es muy urgente. Tengo que hablar contigo.

Su voz se notaba extraña, compungida.

—¿¡Qué te pasa!?! —pregunté desconcertado.

—No te lo puedo decir por aquí —dijo—. ¿Podemos hablar ahora? ¿No te importa llevarme al pueblo? Estoy aquí, en la ciudad.

Me pareció oír como si estuviese llorando, y me alarmé.

—¿Pero qué es lo que te pasa? —le volví a preguntar muy preocupado — Dime dónde estás que te voy a buscar inmediatamente.

—Estoy en la cafetería que está detrás del banco. Te espero aquí.

—Vale, vale —dije—, voy saliendo para allá.

Y así lo hice.

Le dije al director que Isabella me había llamado para que la recogiera, que al parecer tenía un problema importante, y no dudo un instante en darme permiso para salir. Me dijo que fuera inmediatamente a ver de qué se trataba, y que si necesitaba algo se lo dijera luego.

En cuanto nos encontramos en la cafetería, Isabella me hizo, entre lágrimas, una breve síntesis lo ocurrido. Como por arte de magia, el enfado entre nosotros desapareció automáticamente. Fue como si jamás hubiese existido.

Le dije que procurase estar tranquila, que ya estaba conmigo, que no la iba a dejar sola, que podía contar conmigo para lo que quisiera.

—No sé cómo se van a tomar esto en mi casa cuando se enteren —dijo apesadumbrada entre lágrimas .

—No tienes por qué decirles nada —le dije para tranquilizarla—. Al menos no por el momento. Espérate un poco a que asimiles todo esto y luego se los comentas.

—Se van a dar cuenta —dijo—, siempre lo hacen.

—Bueno, pero eso no es lo que importa ahora —le dije—. Lo importante ahora es que estés bien. Ya verás cómo encuentras la mejor manera de superar todo esto. Hiciste muy bien en llamarme. Para eso estamos los amigos.

No solo la llevé a su pueblo aquel día, sino que me quedé a su lado en su casa todo el fin de semana.

El lunes por la mañana, antes de que amaneciera, regresé a la ciudad. Pasé por mi casa a cambiarme de ropa, y puntual, como siempre, llegué a mi puesto de trabajo.

A media mañana la llamé para saber de ella. Me dijo que todo estaba bien, y que todos en su casa agradecían lo bien que me había portado con ella y mi preocupación por su bienestar.

Desde entonces comenzamos a llamarnos varias veces al día. Cuando no

la llamaba yo, ella me llamaba a mí.

El fin de semana siguiente, regresé a su casa en el pueblo a estar de nuevo a su lado. Pese a lo que cualquiera pudiese pensar, no tenía intención de aprovecharme de aquella situación, al contrario, lo único que deseaba era no verla sufriendo, no verla llorando.

Su dolor y su sufrimiento eran como un látigo que me laceraba las entrañas tanto o más a mí que a ella misma. Con mi presencia a su lado, lo único que pretendía era que estuviese bien, que encontrase consuelo, paz, sosiego.

Por aquellos días todos se dieron cuenta de que mi amor por Isabella era real y verdadero. No buscaba mi bienestar, sino el suyo. Ni por un momento pasó por mi mente la idea de aprovecharme de aquella situación, al contrario. Ponía todo mi esfuerzo en procurarle tranquilidad, en dejar que fuese ella misma quien buscara una salida a su embarazosa situación con Samuel Parker.

Desde entonces, Isabella comenzó a buscarme y a llamarme mucho más a mí que yo a ella. Siempre le correspondí. Entendía que sus llamadas eran peticiones de auxilio, de socorro. Estaba muy dolida y necesitaba de alguien que le transmitiese sosiego, paz y consuelo, y yo no tenía ningún problema en asumir aquel papel de paño de lágrimas con ella si con eso la sabía más tranquila.

Cuando estábamos juntos, se despachaba a gusto llorando. Se podía estar así durante horas, y yo solo me quedaba allí a su lado para que ella apoyara su cabeza en mi hombro cuando quisiese, o si así lo estimase oportuno.

Decía que conmigo, como con nadie, se sentía liberada. Que conmigo podía expresar abiertamente todo lo que pensaba. Que se sentía comprendida, protegida, cuidada, y me lo agradecía enormemente. Y yo no sabía bien por qué, porque apenas si le hablaba cuando estábamos juntos. Quizá lo que ella necesitaba en aquellos momentos era simplemente de alguien que la escuchara, que le mostrara un afecto sincero, desinteresado, puro.

Por aquellos días nuestra amistad se fortaleció de una manera increíble. Se pasó cuatro meses sin regresar al trabajo. Una vez que agotó el período de sus vacaciones, aportó un reposo médico de un mes adicional.

No había un solo día en el que no nos llamásemos para saber cómo estaba cada uno, cómo la estaba pasando, y todos los fines de semana, sin excepción, comenzamos a pasarla juntos, unidos.

Todos los viernes por la tarde, después de salir del trabajo, me iba para su pueblo y era recibido en la casa de su familia como un miembro más.

Aquellas inmensas muestras de devoción y entrega a su servicio hicieron que me ganara el afecto de toda su familia. No solo me entregaba a ella, sino también a todos en su conjunto. De alguna particular manera, veía reflejado en los rostros de cada uno, una parte de Isabella, y eso me movía a la devoción.

—¡Cuánto debe querer este chico a Isabella! —le oí decir una vez a su madre sin que ella lo supiese.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

LA ENTREGA

Varias semanas transcurrieron desde la separación entre Isabella y Samuel Parker. Para entonces, nuestra amistad se había consolidado de manera radical. Todo el mundo pensaba que nos habíamos hecho novios, pero no era así. Éramos lo más parecido a una pareja sin serlo.

En una ocasión, Isabella me abrazó con una intensidad inusitada apretando su cuerpo con fuerza contra el mío. Antes había estado llorando por lo mismo de siempre; por la traición de Samuel Parker. Limpió sus lágrimas contra mis mejillas, y me dio varios besos. Luego se separó de mí, sonrió y puso la mano sobre mis hombros para acariciarme el pelo con afecto.

—¿Somos amigos, no es cierto? —le pregunté, tremendamente nervioso.

—Claro que sí, Frank —contestó—, eres el mejor de los amigos que nadie nunca podrá tener. Me siento privilegiada de tenerte en mi vida.

El corazón comenzó a palparme con inusual intensidad.

—¿Has hablado ya con Samuel Parker? —le pregunté, procurando cambiar de tema.

—¡No! —exclamó—. Me ha llamado varias veces, pero no le he querido contestar.

—Algún día tendrán que hablar, digo yo.

—No quiero volver a saber de él —dijo decidida.

Y no supe qué más decir.

Isabella retomó la conversación formulándome una impresionante pregunta.

—Frank... —dijo quedamente mientras me miraba fijamente a los ojos—, te quería preguntar una cosita. ¿Recuerdas que una vez me explicaste por qué pensabas que estabas enamorado de mí?

—Sí —dije temblando—, lo recuerdo perfectamente.

—Pues... —dijo vacilando— Durante mucho tiempo he estado pensando en esas palabras tuyas. ¿Y sabes qué? Creo que es lo que tengo yo. Siento aquellas mismas cosas que decías tú que sentías. Me ocurre lo mismo. Creo que estoy enamorada. ¡Muy enamorada!

Me quedé petrificado como una piedra. No supe qué decir. Las lágrimas brotaron de mis ojos como si de manantiales se tratase.

Seguidamente, Isabella se puso frente a mí, colocó sus brazos sobre mis hombros y expresó las palabras más sublimes que jamás haya escuchado nadie.

—Nunca tuve sentimientos tan fuertes por nadie, Frank. ¡Estoy enamorada de ti! Y no desde ahora. Siempre lo he estado. Siempre te he querido. ¡Yo también te amo.

Y acercando su rostro al mío, estampó su boca contra mis labios en un beso tan inmenso como siete mil millones de universos juntos.

No entiendo cómo fue que no me desmayé.

Le correspondí con el beso más apasionado de cuantos haya dado en todo lo que tengo de vida. No solo la besé en la boca, sino también en sus ojos, empapando mis labios de sus lágrimas saladas, en sus mofletes, su pelo, su cuello, etc.

Mientras la besaba, le susurraba en voz muy bajita:

—Te amo Isabella, te amo, te amo, te amo...

Y ella hacía lo mismo conmigo.

De repente nos dimos cuenta de que estábamos sentados en uno de los bancos de la plaza de su pueblo y toda la gente que pasaba por allí nos miraba sin reparo.

Aquel primer beso nos había enloquecido tanto, que por unos momentos perdimos por completo las nociones del tiempo y del espacio.

Cuando volvimos a la realidad, decidimos salir de allí e irnos a otro sitio en el coche. Nos detuvimos a las afueras del cementerio del pueblo, un sitio tremendamente solo y muy tímidamente iluminado a lo lejos por una pequeña bombilla de color cobre. Una vez allí, nos pasamos a los asientos traseros, y dimos rienda suelta a un amor desesperado, angustiado, largamente añejado y

bien encurtido en sueños y delirios de todo tipo.

Nos hicimos el amor como si estuviésemos poseídos de los demonios más fanáticos y desesperados del deseo carnal. Nos amamos profundamente, dando de nosotros todo lo que humanamente nos fuese posible entregar al otro. Solo el silencio del camposanto fue mudo testigo de aquella unión tan intensa, tan profunda.

La escena fue tan impactante que me costaba creer que fuese real. Suponía que era otro de los cientos de sueños que había tenido con Isabella. Un sueño del que no quería despertar jamás. La culminación feliz de tantísimos anhelos y sufrimientos.

—Te amo Isabella, te amo, te amo... —le decía mientras la poseía, y ella a mí.

Si ya me parecía que de por sí era una mujer impresionantemente hermosa, verla desnuda superaba cualquier cosa que hubiese podido imaginar jamás. Su belleza física era violenta, brutal.

Me sentía el hombre más dichoso del mundo al poder tenerla solo para mí, como siempre la había soñado, como siempre la había deseado.

Su entrega de aquella noche, y su amor por mí, fueron muy superiores a todo lo que había esperado y soñado durante todos aquellos insufribles y tortuosos años previos a nuestra unión carnal.

Jamás esperé recibir una recompensa tan grande por tantos años de dolor y sufrimiento.

Nunca fui más feliz.

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

LA ADVERTENCIA

Al día siguiente de mi primer encuentro carnal con Isabella, su madre entró en su habitación a primera hora de la mañana, abrió las cortinas de par en par, se sentó a su lado en el borde izquierdo de la cama, y con el tono firme que le caracterizaba, dijo:

—Despierta Isabella. Tengo que hablar contigo.

Isabella se revolvió entre las sábanas, más dormida que despierta. Inmediatamente vinieron a su memoria los recuerdos de lo vivido la noche anterior. Su madre la conocía bastante bien como para presuponer los pasos en que andaba metida.

Entreabrió los ojos y preguntó:

—¿Qué pasó, mamá?

Josephine no era una mujer de andarse con rodeos. Fue directo al grano.

—Vengo a decirte que tengas cuidado con lo que vas a hacer con ese chico. No vaya a ser que después te arrepientas de lo que andas haciendo. Todavía no has arreglado tu situación con Samuel Parker.

Las palabras de su madre no dejaron de sorprenderle, toda vez que nunca antes había intervenido en sus relaciones amorosas.

—¿Cómo sabes que yo no lo quiero también, mamá? —preguntó, incorporándose al espaldar de la cama.

—No he dicho eso. Querer, puede ser que lo quieras mucho. Eso no significa que estés enamorada. No te confundas.

—Es la única persona con la que me siento bien.

—Tenías mucho tiempo con Samuel Parker. Eso no es algo que puedas borrar de la noche a la mañana.

—Sí mamá, ya lo sé. Pero ya no lo quiero.

—Si de verdad no lo quisieras, no habrías llorado tanto por él. Han pasado semanas y todavía te sigues lamentando por las esquinas.

—Jamás podré perdonar lo que me hizo. Es imposible que vuelva con él.

—¡Imposible nada es! —exclamó Josephine—. Tendrías que arreglar primero tu situación con él antes de ponerte a mirar para otro lado. Ni siquiera han hablado.

—No hace falta. Además, tampoco quiero hacerlo. Tengo derecho a estar con quien quiera, mamá, a rehacer mi vida. No sé a qué viene esa preocupación tuya ahora.

—Nadie discute que no debas rehacer tu vida con quien a ti mejor te parezca. Lo único que digo es que hasta que no estés segura de lo que vas a hacer, te andes con cuidado. Ese chico está muy enamorado. Es un tanto exagerado. Allí lo tienes en la cocina, limpiándolo todo para hacer el desayuno y tenerlo en la mesa cuando te levantes.

—¿En serio? —preguntó Isabella emocionándose al constatar lo grande de mi devoción por ella.

Josephine hizo un gesto apretando los labios y arqueando las cejas.

—¿Como no lo voy a querer, mamá? —dijo Isabella esbozando una amplia sonrisa— ¿No es para quererlo? Cualquiera se sentiría feliz de tenerlo.

—No se merece otra cosa —dijo Josephine— ¡Mucho cuidado con utilizarlo como instrumento de venganza! Le destrozarías la vida. Sería imperdonable.

—Claro que no mamá, no te preocupes.

—¡Sí me preocupo! —exclamó Josephine terminando así con aquella singular conversación y saliendo de la habitación.

Después que salió, Isabella estuvo un rato sobre su cama sintiendo el eco de aquellas palabras repetirse una y otra vez en su cerebro como un mantra:

—¡Cuidado con utilizarlo como instrumento de venganza! ¡Cuidado con utilizarlo como instrumento de venganza! ¡Cuidado con utilizarlo como instrumento de venganza! (...) »

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

LA FELICIDAD

Isabella y yo decidimos mantener nuestro noviazgo viviendo juntos, en el mismo inmueble, quiero decir.

—Me preocupa el tema económico, cielo mío —le dije el día que estábamos tratando ese tema—. Yo no tengo la misma capacidad financiera que Samuel Parker, no podría darte los lujos que tenías con él.

Desde el mismo momento que comencé a sospechar que íbamos a terminar siendo pareja, empecé a pensar también en aquel asunto. No tenía forma de llevarme a Isabella a vivir conmigo, a menos que mi madre aceptara que la llevara a nuestra casa. Pero aquello era completamente impensable. Mi madre jamás lo permitiría. Con el paso del tiempo, su aversión hacia ella se fue incrementado tanto, que llegó el momento que casi ni nos hablábamos para no terminar tocando ese tema y, en consecuencia, disgustados. La odiaba profundamente. Mi hermano Trevor había contribuido notoriamente a ello haciendo comentarios terribles sobre Isabella. Decía cosas horribles de ella. Para él, era la mujer más sucia, más inmunda de nuestro planeta. Nunca pude entender porqué le tenía tanta aversión, tantísima repulsión.

—Lo importante es que nos queremos —dijo Isabella para mi satisfacción—. Ya veremos cómo vamos arreglando juntos lo que nos viene ahora.

Y así fue.

El inmenso amor que le tenía me dio las fuerzas que necesitaba para encontrar la salida a todas nuestras dificultades, tanto económicas como personales.

Iniciamos la búsqueda de un pequeño apartamento cuyo canon de arrendamiento pudiésemos pagar. Tuvimos mucha suerte. Lo encontramos bastante rápido. Influyó en ello la intermediación de una amiga de Isabella que trabajaba en una inmobiliaria filial del Natwest Bank.

Era un piso pequeño, de una sola habitación con su baño. De esos a los que se suele llamar "tipo estudio".

Era política del Natwest Bank no permitir relaciones amorosas entre sus empleados, por lo que en lugar de mantener oculto lo nuestro, decidimos que yo renunciaría y me buscaría un empleo nuevo, y así lo hice.

Con lo que me dieron de liquidación, di la fianza para el alquiler del nuevo apartamento, y pagué los tres primeros meses por adelantado.

Cuando Isabella se reincorporó al trabajo ya teníamos nuestro nido de amor en nuestro poder, y yo estaba trabajando en el Lloyds Bank como cajero.

No me costó mucho encontrar el nuevo empleo, dadas las buenas recomendaciones que dio de mí el director del Natwest Bank.

Isabella y Samuel Parker volvieron a establecer comunicación entre ellos pocos días después de que ella y yo iniciáramos nuestras relaciones amorosas. Llegaron a un acuerdo para gestionar la separación de manera amistosa. Ella se quedaría con todo lo que tenían en el apartamento, y Samuel Parker solo con su recuerdo.

Decidí no intervenir en aquella situación a menos que Isabella así lo requiriese de modo expreso, lo cual nunca ocurrió. Pensé que era algo que correspondía resolver solo a ella y a nadie más.

Lo único en lo que participé de forma directa fue en la mudanza. Trasladamos todo el mobiliario a nuestro nuevo departamento; nevera, cocina, muebles, mesas, sillas, electrodomésticos, etc.

Estando en plena mudanza, ocurrió algo sorprendente, terrible.

En el momento de desarmar la cama para trasladarla, me vino a la mente la idea de que aquél era el lecho en el que durante mucho tiempo retozó Isabella con Samuel Parker, y me entró cierto escalofrío. Fue una sensación extraña. Me sorprendió tremendamente. No me la esperaba.

Resonaron en mi cerebro algunas de las horribles palabras que mi hermano Trevor decía de ella, y me aterroricé. No porque pensara que fuesen ciertas, sino por el inmenso rechazo que me producían.

Isabella notó lo extraño de mi actitud al instante. Me había quedado paralizado a la entrada de la habitación contemplando la cama como si se

tratara de un fantasma. Era lo único que faltaba por sacar de allí.

Seguidamente, se interpuso en medio de mi mirada y la cama, me sujeto de ambas manos colocándolas en su espalda para que la abrazara, y preguntó mirándome fijamente a los ojos:

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te quiero.

Por pura respuesta esboqué una semi sonrisa.

Seguidamente, estampó sus labios contra los míos y me dio un largo y apasionado beso en la boca. Mientras lo hacía, extendió el brazo para tomar el pomo de la cerradura cerrando a su espalda la puerta de la habitación.

—Y de este lugar no nos vamos a llevar nada más —dijo después.

Compramos una cama nueva. El día que lo hicimos, me reproché mi reacción de aquel momento. No sé cómo pudo ocurrir algo así. Fue algo completamente involuntario. Tanto, como el amor que sentía por Isabella. ¿Qué más daba dónde había retozado ella o no con Samuel Parker? ¿Por qué tenía que pensar en eso? Nunca antes y nunca después me ocurrió nada similar.

Desde siempre supe de la relación de Isabella con Samuel Parker y nunca pensé en ella. ¿Por qué en aquel preciso momento me vinieron a la mente pensamientos semejantes?

Supuse que aún y cuando hasta entonces creyera que las palabras de mi hermano Trevor no habían tenido influencia sobre mí, sí que me habían afectado, y mucho. Me habían hecho un daño tremendo, muy profundo.

Me desprecié a mí mismo por haber permitido que aquellas monstruosidades hubiesen llegado a influir, de cierta manera, en mi yo más profundo, en el inmenso amor que sentía por Isabella.

Hice el juramento de repudiar tales ideas de manera radical si volvían a presentarse. Quería y necesitaba que mi amor por Isabella fuese pleno, como lo había sido desde el principio. Que mi entrega a ella fuese incondicional, absoluta, sin limitaciones. Que si alguna mínima sombra fuera a haber entre nosotros, no proviniese precisamente de mí.

Jamás falté a esa promesa.

Antes de comenzar a vivir juntos, pensé que quizás podría ser una buena

idea casarnos, aunque solo fuese por lo civil, y así se lo propuse a Isabella.

—Cielo mío —le dije—, ¿no crees que quizás deberíamos casarnos?

—No estaría mal —comentó—. Esperemos a probar la convivencia en común durante algún tiempo. No es lo mismo estar separados que viviendo juntos.

—¿Cuánto tiempo sería? —pregunté.

—No lo sé —dijo—, ya lo iremos viendo. No te voy a querer más por tener unos papeles firmados.

—Ni yo a ti, amor de mi vida —le dije profundamente emocionado.

—Esperemos entonces —dijo para concluir—, no hay por qué tener prisas.

Y así quedó decidido.

Aquel tiempo de espera para matrimoniarnos, duró poco más de dos años. Los dos años más felices de toda mi vida.

Nos amamos hasta la saciedad y aún más allá, si es que algo así era posible. Mi apetito de ella jamás se extinguía, y para mi mayor felicidad, el suyo por mí tampoco. Siempre andábamos juntos. No hacíamos nada por separado. Teníamos la misma cuenta bancaria, comíamos en los mismos platos, nos duchábamos a la vez, y hasta la ropa interior la compartíamos. A veces ella se ponía mis calzoncillos usados para ir a trabajar y yo sus bragas. Era un juego. Decíamos que era una forma de mantenernos juntos mientras el espacio nos mantuviese separados.

No hubo forma ni manera en la que no hiciéramos el amor. Solo descansábamos cuando su cuerpo dejaba de estar disponible por razones del reloj biológico.

Aprendí a combatir la flacidez característica de los de mi sexo cuando llegamos al orgasmo, entrenando mi cuerpo y mi mente para que mi satisfacción se produjera solo cuando quedase acreditado, de manera inequívoca, que ella lo estuviese. Nunca antes. Para mí, ella era siempre lo primero. Solo sentía placer cuando sabía que ella lo estaba sintiendo. Y así como con el sexo, era con todo, incluidas cosas tan elementales como la comida o las bebidas. Solo era capaz de comer cuando sabía que ella comía. La fuente de mi felicidad era la suya. No podía estar contento sabiendo que

ella aún no había comido o bebido, o sabiendo que le doliese la cabeza, un pié, una uña o cualquier parte del cuerpo; o conociendo que por alguna razón estuviese preocupada o disgustada.

Mi dependencia emocional de Isabella era radical, absoluta.

Ni sabía ni me importaba de qué manera semejante forma de entrega podía ser beneficiosa o no. Lo único importante para mí era amarla, amarla y amarla. No había nada después de eso. Mi amor por ella nunca conoció límites ni fronteras. Hice mis mayores esfuerzos por tratar de ser mejor persona. Eso incluía cosas tan elementales como el aseo personal, la forma de vestir, de estar, de caminar, e incluso la de hablar.

La frase: "Tengo que estar bien para Isabella" regía todas las cosas que hacía. Era mi razón de vivir. Mi cerebro y mi cuerpo contribuyeron de manera activa con mis propósitos vitales. Durante aquella época no enfermé de nada, ni siquiera de las gripes que religiosamente venían cada año a visitarme en las estaciones invernales. Mi cuerpo se hizo inmune a toda clase de enfermedades.

Aprendí a cocinar para preparar los platos que sabía más le gustaban. Se los llevaba a la cama. Algunas veces le daba la comida en la boca. La mimaba en todo lo que podía y ella me permitía.

Aquel estilo de vida nos mantenía tremendamente unidos, amados, felices. Me dediqué en cuerpo y alma a darle todo el amor que durante aquellos tres años previos estuve acumulando en sueños y alucinaciones. La amé con toda la intensidad con que imagino, se puede amar a alguien.

Me negaba a separarme de ella ni un solo segundo. Cada día le daba gracias a Dios por cada uno de los instantes que permanecía a su lado; por respirar su aire; por comer en su misma mesa; por dormir en su misma cama; por compartir juntos a diario la misma ducha.

Sentía que todas las puertas del universo se abrían ante nosotros para darnos la bienvenida a un mundo absolutamente pletórico de felicidad, dicha y placer. El mundo sonreía por dondequiera que mirara. Todo era felicidad absoluta.

Mi vida cambió completa y radicalmente. Siempre andaba sonriendo. Era inmensamente feliz. Veía gozo y alegría donde los demás dolor y tristeza.

Me sentía capaz de contagiar con mi júbilo a toda la humanidad. Todo a mi alrededor eran risas, primavera, dicha, júbilo, optimismo. Vivía como si estuviese drogado permanentemente por el alucinógeno más potente que existe; el amor.

Pensaba que no existía nada ni nadie que pudiese cambiar mi felicidad. Sin embargo, los colores arcoíris de mis nuevos firmamentos comenzaron a hacerse oscuros cuando menos lo esperaba, cuando más feliz estaba.

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

PROBLEMAS

Una de aquellas tardes, cuando Isabella regresó de su acostumbrada cita trimestral con el ginecólogo, la noté algo cambiada. No era la misma de siempre. Estaba seria, nerviosa. Parecía preocupada.

Durante los dos últimos años, nuestras principales preocupaciones habían sido la de amarnos más y mejor cada día, y la del siempre desagradable tema económico. Teníamos que ajustarnos a lo que nuestros muy limitados presupuestos nos permitiesen, y siempre necesitábamos más para llegar a final de mes.

—¿Te pasa algo, mi cielo? —le pregunté algo inquieto.

—Nada mi amor —dijo evadiendo mi mirada—, me duele un poco la cabeza. Enseguida me tomo una pastilla y se me pasa.

No parecía ser precisamente un dolor de cabeza lo que tenía. Bastante bien la conocía para saberlo.

—¿Y qué tal tu cita con el ginecólogo? —le volví a interrogar— ¿Todo bien?

—Ah..., sí..., eso... —contestó como si estuviese ausente—; todo bien.

Una inquietante idea me vino a la cabeza; que pudiese estar embarazada. La descarté inmediatamente. Isabella tomaba la píldora con rigurosa puntualidad. Podía ser olvidadiza o irresponsable con otras cosas, menos con esa.

Jamás habíamos tratado el tema de tener hijos, por lo que no conocía su opinión al respecto. La mía era que debíamos vivir varios años más en la profundidad de nuestra intensa relación antes de dar la bienvenida a un tercero o tercera a formar parte de nuestras vidas. En esto, como en casi todos nuestros asuntos, jugaba un papel trascendental nuestra ajustada situación económica. Apenas si podíamos mantenernos a nosotros mismos. Difícilmente podríamos asumir también los inmensos gastos que traía

consigo un recién nacido.

Tampoco habíamos hablado, ni siquiera por accidente, del tema del aborto.

—¿Seguro que va todo bien, mi reina? —le volví a preguntar, un tanto nervioso y preocupado.

—¡Que sí, mi vida! —reiteró mientras se desvestía para ponerse la bata de andar por casa— No te preocupes, te digo. Solo tengo un poco de dolor de cabeza.

Vista su insistencia, no quise seguir agobiándola.

Desde aquel día las cosas comenzaron a marchar de forma un tanto diferente. Isabella cambió su conducta de manera preocupante. Aun y cuando hacía esfuerzos significativos para que no se le notase, no lo podía evitar. Estando como habíamos estado todos aquellos años; tan unidos, tan íntimamente compenetrados, era muy difícil que no percibiese el menor de los cambios en sus formas de comportamiento. Y aquel era lo suficientemente significativo como para pasar inadvertido.

Permanecía callada durante horas. Casi no quería mirar la televisión. Comenzó a ducharse sola. Sonreía muy pocas veces. Disminuyó ostensiblemente el número y la intensidad de nuestras relaciones sexuales. Hasta empezó a dormir con las bragas y el sujetador puestos y dándome la espalda. Algo extrañísimo en ella, que siempre dormía desnuda, como yo, y en la posición de boca arriba.

Por mucho que le di vueltas a la cabeza pensando cuál podía ser la causa de sus preocupaciones, nunca pude averiguarlo. Tampoco pude sacarle una confesión.

La situación de nuestra convivencia en común comenzó a enrarecerse cada vez más. Comencé a sentir el frío de sus preocupaciones reflejarse en su cuerpo cuando la tocaba, cuando la abrazaba o simplemente la besaba.

Ella sabía que yo estaba bastante preocupado por lo que le ocurría y no me quería decir, y yo me mantenía a la expectativa sin saber qué hacer, cómo proceder. Nunca nos había ocurrido nada similar.

Uno de aquellos días, después de haber mantenido una intensa relación sexual, sostuvimos una conversación tremendamente inquietante.

—¿Qué harías tú si yo llegara a faltarte algún día, Frank? —soltó de repente.

Era algo que jamás había pasado por mi mente. Nunca lo había pensado. La pregunta me dejó atónito.

—¡Me moriría! —exclamé sin pensar.

—¡No seas absurdo! —dijo ella al instante—. Te lo estoy preguntando en serio.

—Pero... —dije titubeando—, Isabella, ¿cómo me puedes preguntas algo así? ¿Qué tontería es esa?

—No lo sé —dijo—. Se me ocurrió de repente. A veces pienso qué sería de ti si yo te faltara algún día. Estás tan apegado a mí.

—¿Y tú no lo estás de mí?

—Claro que sí —afirmó sin dudar—. Los dos estamos muy unidos. No sé hasta qué punto es bueno esto de estar tan apegados. Parecemos siameses.

—Pero Isabella, mi cielo precioso, no entiendo a qué viene ahora esta conversación.

—No lo sé, te dije. Me vino a la mente esa idea. A veces pienso que eres un poco exagerado en tu forma de quererme.

—Es que no sé quererte de otra manera, mi vida. Es lo que me nace.

—No, si yo te entiendo muy bien querido, no pienses que no.

—¿Y si yo llegara a faltarte algún día? —le pregunté—, si tengo un accidente o me da un infarto y me mata de repente, ¿tú qué harías?

—Tampoco lo sé —dijo—, supongo que lo que hace todo el mundo; vivir mi duelo, tratar de superarlo, etc. ¿Y tú? No me has contestado.

—Claro que te contesté.

—Que te vayas a morir no es una respuesta lógica. La gente no se muere por perder un ser querido. Si fuera así la humanidad no existiría.

—Puede ser, no lo sé. Jamás me ha pasado por la mente nada semejante.

—Pues son cosas que hay que pensar —exclamó—. Uno no sabe las vueltas que le da la vida. Hoy estás bien, pero mañana, quién sabe.

—Pero Isabella, reina de mi existencia, ¿por qué tendríamos que pensar

en esas cosas? Son ganas de atormentarnos la existencia de gratis.

A lo que ella replicó:

—Porque es algo que tarde o temprano tiene que ocurrir.

—Por supuesto que sí, amor mío —afirmé—. Lo que no veo es la razón de pensar en eso ¿No estarás enferma? —pregunté preocupado—. Estos últimos días te he notado un poco rara, cambiada. No he querido decirte nada para no agobiarte, pero me tienes un poco mortificado.

—¡Qué enferma voy a estar yo! —expresó en tono burlón—. No sé porqué te tienes que estar preocupando por mí si no me pasa nada. Eres muy exagerado. Todo te lo llevas a los extremos.

—Perdona, mi cielo, pero que me preocupe por ti no es llevarlo todo a los extremos.

—Si vives así, sí. Tú siempre andas preocupado por mí, Frank. No dejas nada para ti. Solo haces que vivir para mí.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—¡Que no puede ser! —exclamó—. No está bien querer tanto a alguien como me quieres tú a mí. Está mal, muy mal.

Comencé a sentir que sus palabras, más que tales, eran latigazos que caían con fuerza sobre mi piel desnuda. No entendía el porqué de aquella conversación. Mientras más hablábamos, mayor era mi confusión.

—Isabella... —dije dejando caer sendas lágrimas de mis ojos—, no conozco otra forma de quererte. No entiendo la razón de que me digas esto ahora.

Tan pronto se percató de mi estado emocional, se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación.

—¿Ves? ¿Ves lo que te digo? —dijo mostrándose molesta—. Eres demasiado exagerado. Pareces una niña; todo el tiempo llorando. No se te puede decir nada.

—Solo soy exagerado con lo que siento por ti, Isabella, perdóname, no tengo la culpa.

—¡Claro que tienes la culpa! —exclamó airada—. ¡Eso está mal, muy mal! ¡No puede ser!

—¿Pero por qué no? —pregunté cada vez más confundido— ¿No te gusta mi forma de ser? ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Siempre has estado encantada de mis atenciones, de lo mucho que te mimo. ¿A qué viene esto ahora?

—A que tengo que decirte lo que pienso, como haces tú siempre conmigo. Tienes que quererte más a ti mismo, Frank, y menos a mí.

—Pero mi cielo, si es que quererte es lo único que me da placer.

—Ya, pero supón que me muero o que me enamoro de otro hombre, que te dejo solo. ¿Qué harías entonces?

No me esperaba semejantes interrogantes. Fueron como dagas hirvientes que me atravesaron el corazón.

Rompí a llorar como un niño.

—¡No lo sé! —dije entre sollozos— ¡Ya te lo dije! Nunca me he puesto a pensar en nada semejante. Me estás haciendo daño.

—Cada vez me parece que te vuelves más pendejo —murmuró entre dientes.

Nunca antes me había tratado de aquella manera.

Aún viéndome en aquel estado, continuó la conversación con una nueva y sorprendente interrogante.

—¿Serías capaz de quitarte la vida? —dijo sentándose en la cama a mi lado.

—¡Por supuesto que no! —afirmé con rotundidad levantando la cabeza—. Tengo una madre y unos hermanos que quedarían sufriendo por mi culpa. No sería justo para ellos. No puedo pensar solo en mí. Tengo que pensar en los que me quieren a mí también.

—¿Qué harías entonces? —preguntó en voz alta—. ¡Dilo! —exclamó—. Contéstame solo eso y dejamos aquí esta conversación. Ya te dije lo que haría yo. ¡Dime ahora lo que harías tú! ¿Tanto te cuesta?

—Pues... —dije dubitativo mientras con las sábanas me secaba las lágrimas—, es que..., no lo sé Isabella, perdóname, te lo pido por favor.

Isabella hizo un nuevo gesto de gran incomodidad. Volvió a ponerse de pie y a caminar inquieta por la habitación cerrando esta vez los puños con

fuerza y resoplando como si de una ballena se tratase. En un momento llegué a pensar que sería capaz de pegarme.

—Vale, vale —dije procurando calmar su ansiedad—, está bien, te contesto. Haría lo mismo que dijiste tú; vivir mi duelo, intentar superarlo. Lo que hace todo el mundo. ¿Satisfecha con la respuesta?

—¡Ahhhh! —dijo luego—, ¿ves cómo no era tan difícil?

Y con aquello dimos por finalizada la conversación. Lo que no se terminó fue mi confusión, que ahora era mucho mayor.

Pocos instantes después, Isabella se subió sobre la cama de rodillas, se colocó completamente desnuda frente a mí y me practicó una intensa felación. De las mejores que hasta entonces me había hecho.

—Qué divina tienes la verga; dura y saladita —susurró mientras lo hacía. Algo profundamente extraño en ella, muy poco dada a expresiones tan vulgares. Y luego dijo otra más ordinaria aún: « Y ahora me comes el coño »

—¡Qué horror! —pensé.

Pocos días después de aquello, tuvimos un segundo diálogo tan o más preocupante que el anterior.

—Frank, cielo mío... —dijo en tono cariñoso— ¿Qué opinión tienes de las personas que hacen de amantes? Nunca me has dicho nada sobre eso.

Como en la anterior ocasión, la pregunta me dejó desconcertado. No supe qué responder.

Durante breves instantes permanecí en silencio meditando lo que decir.

—Pues... —dije luego—, la verdad es que ese tema es un poco complicado. No sabría decirte.

—Te lo pongo más fácil —dijo a continuación—; ¿alguna vez lo harías? ¿Podrías hacer ese papel?

—¿De amante, dices?

—Sí, de amante —confirmó.

—Creo que no —contesté sin vacilar.

—¿Y por qué no? —preguntó enseguida.

—¡Porque no! —exclamé— Yo qué sé. Si voy a estar con alguien tiene que ser solo para mí. No me veo capaz de compartir mi pareja con nadie más. Pero eso soy yo, solamente. No critico al que lo haga.

—¿Ni que se tratara de mí? —preguntó con desparpajo.

—¿Cómo que de ti?

—Como lo oyes —dijo—. Suponte que te pido que seas mi amante. ¿Lo harías?

—Para que eso ocurriera primero tendrías que estar con otro hombre, y no es el caso, creo. ¿O me equivoco?

—No me mal interpretes, Frank —dijo al percatarse de mi perplejidad—, no pienses que estoy con otro hombre. Solo digo que si estuvieses en ese caso, ¿lo harías?

—No —respondí secamente sin mirarla a la cara.

—No dices que tanto me adoras, que soy todo para ti.

—Por supuesto que te adoro y eres todo para mí. Te lo he demostrado hasta la saciedad. Pero que de repente me digas que sea tu amante porque te vas a casar con otro hombre sería completamente absurdo. ¿En qué cabeza cabe? Es algo descabellado ¿Te imaginas?

—Bueno, pero no pienses que sea algo que tenga que ocurrir ahora. No se trata de eso. Estamos hablando solo de supuestos. Imagina que te hubiese pedido que estuvieses conmigo antes de separarme de Samuel Parker ¿Lo habrías hecho?

—¡Por supuesto que no! —exclamé.

—¿Por qué no? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—¡Porque no! —dije—, ¿qué tontería es esa?

—¿No que tanto me amabas?

—Por supuesto que te amaba, te amé, te amo y te seguiré amando hasta el final de mis días, pero nunca me pasó por la mente estar contigo mientras vivías con Samuel Parker. Te adoraba y te idolatraba desde la distancia. En silencio. Ni te imaginas todo lo que sufrí por ti.

—¿Y si yo te hubiese correspondido? —preguntó sorprendiéndome—
¿Si te hubiese pedido mantener relaciones sexuales el día que me confesaste

tu amor? ¿Te habrías negado?

—La verdad es que... —dije titubeando—, no lo sé. Hubiese sido muy difícil negarme, no lo niego.

—¡Ah! —exclamó— Entonces me estás dando la razón. Sí que habrías sido mi amante.

—Pues... —balbuceé—, la verdad es que no lo sé. Las cosas marcharon de forma muy distinta. Hicimos las cosas como debíamos para no andar reprochándonos nada ahora.

—Ya. Pero yo solo te estoy planteando un supuesto. Te estoy preguntando qué habrías hecho en aquel momento si yo hubiese querido entregarme a ti.

—Es que no sé qué decirte porque me estás planteando falsos supuestos, cosas que nunca existieron. No sé a cuento de qué viene ahora esto.

—No tiene porqué venir a cuento de nada —dijo mostrándose incómoda—. Podemos hablar de todas nuestras cosas ¿no?, como siempre hemos hecho.

—Claro, pero hablar de eso ahora..., no sé porqué se te ha ocurrido.

—Porque sí —dijo para concluir—. Si tanto te incomoda, haz de cuenta que no hemos hablado de esto. ¡Olvídalo!

—Lo intentaré —dije con grandes dudas.

Pero no pude hacerlo. Tanto aquella conversación como la anterior, me dejaron muy preocupado. Mil ideas comenzaron a dar vueltas en mi mente. Cientos de preguntas me surgían. ¿Por qué aquellos cambios en la conducta de Isabella? ¿A qué se debían aquellas interrogantes? ¿Por qué me maltrataba así con sus palabras? ¿Cómo se le ocurría preguntarme si podría ser su amante? ¿Estaba enferma? ¿Andaba saliendo con otro? ¿Estaba embarazada? ¿Estaría pensado regresar con Samuel Parker? ¿Por qué se había vuelto tan agresiva, tan ordinaria? ¿Tendría algún tipo de problema mental?

Supuse que algo muy gordo estaba ocurriendo a mis espaldas. Ya no era una simple sospecha derivada del cambio en la conducta de Isabella. Ahora estaban también sus sorprendentes interrogantes, sus extrañas afirmaciones.

Temí, con fundamento, que un horrible huracán se estuviese gestando a

mi alrededor. Una espantosa tormenta que viniese a arrasar con todo.
No me equivoqué. Eso fue exactamente lo que ocurrió.

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

EL FINAL

Una tarde muy lluviosa de un viernes ya rozando la noche, al llegar del trabajo, Isabella me dijo que tenía que hablar conmigo. Para entonces ya nuestra relación se había enfriado considerablemente.

Me senté frente a ella en la mesa del comedor. El corazón me palpitaba muy rápido, como si se me quisiese salir por la boca. Apenas podía respirar.

Hacía días esperaba lo que tarde o temprano tendría que llegar. No sabía lo que era, pero sí que no iba a ser nada bueno para mí.

Contribuyó en el incremento de mi nerviosismo, el hecho de que ni siquiera hubiese querido entrar en nuestra habitación para cambiarse de ropa, como siempre hacía cuando volvía de la calle. Se quedó con la misma que traía puesta.

Isabella estaba tranquila, serena. Se notaba que había preparado todo con suficiente antelación. Lo único que le faltaba era montar la escena de su particular teatro.

La puñalada fue certera y profunda. Mortal de necesidad.

—Frank —dijo escuetamente—, esta semana que viene me voy a casar con Samuel Parker. Mis hermanas pasarán luego por aquí a recoger mis cosas.

Y sin articular una sola palabra más, se puso de pie, tomó el abrigo del perchero de detrás de la puerta, su bolso y el paraguas, y se marchó por donde mismo había venido.

Todo fue tan brutal, tan atroz, tan bárbaro, como supuse había sido nuestro amor; violento, severo, salvaje.

No vi una sola lágrima en su rostro. No hizo el menor de los gestos. No expresó sentimientos de ningún tipo. No dio una sola explicación. No hubo un por qué, una razón. ¡Nada de nada!

¡Esto se acabó, y listo! ¡No hay de qué hablar!

Me quedé sentadito en mi silla escuchando el eco de aquellas palabras repetirse en mi cerebro una y otra vez hasta el infinito. No podía pensar en nada más.

Todo se convirtió de repente en un inmenso vacío negro, oscuro, profundo, horrible. El espantoso huracán que con angustia esperaba, llegó por fin y se instaló violentamente dentro de mí destruyéndolo todo.

Cuando por fin tuve fuerzas para reaccionar y ponerme de pie, me di cuenta de dos cosas. La primera, que era domingo por la noche, y la segunda, que aún seguía lloviendo. Estuve en estado de shock durante cuarenta y ocho horas seguidas sin moverme, casi sin respirar. No entiendo cómo pude sobrevivir.

Me levanté muy despacito de la silla y, no sin grandes esfuerzos, trasladé mi cuerpo hasta la puerta de salida. Me fui solo con lo puesto. No sabía cómo estaba vestido ni me importaba. No quise recoger nada de lo que tenía. Ni siquiera me llevé las llaves del apartamento. Las dejé colgadas en el llavero de la entrada principal, como hacía cada vez que volvía de la calle.

No quise voltear a mirar lo que dejaba atrás. Ya tenía más que suficiente con sacar de allí lo poco que quedaba de mí.

Perdí temporalmente la capacidad de razonar. No sabía lo que hacía. Respondía únicamente a un instinto de supervivencia.

Aquella fue, quizás, la experiencia más traumática y espantosa de cuantas haya vivido a lo largo de toda mi vida.

No quise dejar una nota para Isabella, ni mucho menos buscarla para pedirle una explicación. Todo estaba muy claro. No había nada que explicar. Todo había acabado. ¡Fin de la historia!

Y así, en un estado muy parecido al sonambulismo, llegué caminando muy despacito hasta la casa de mi madre, no sé bien a qué hora de la noche o del día.

Aquella misma semana abandoné definitivamente mi trabajo en el Banco. No fui capaz de llevar la renuncia personalmente. Mi madre me hizo firmarla y la llevó ella misma, acompañada de mi hermano Trevor. Tengo que agradecer a ambos, pero sobre todo a Trevor, por no haberse separado de mi lado en los días posteriores, ni un solo momento. Los dos estuvieron muy

pendientes de todo lo que necesitaba. Mi hermano Ronnie no estaba por esa época en la ciudad.

En cuanto pude valerme nuevamente por mí mismo, pocas semanas después, me marché para siempre de la ciudad, y algunos meses más adelante, del país.

Antes, hice prometer a mi familia, pero sobre todo a mi impulsivo hermano Trevor, que no tomarían ninguna clase de venganza por lo ocurrido. Todos cumplieron su promesa.

Nunca me echaron en cara haberme prevenido sobre lo que pasaría, al contrario. Se volcaron extraordinariamente en apoyarme y en darme fuerzas para seguir adelante. Trevor, para sorpresa de muchos, el que más.

Jamás volví a ver a Isabella.

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

EL REGRESO

Veinte años después de la dramática escena en la que Isabella destruyó nuestra relación amorosa, y con ello la mayor parte de mi existencia, regresé a mi país de visita con mi esposa y nuestra pequeña hija. Hacía mucho que querían conocer a mi familia en persona y los lugares donde había nacido y crecido.

A pesar de la multitud de años transcurridos, mis heridas seguían estando allí; cicatrizadas pero no desaparecidas. Imposible olvidar tanto amor, pero sobre todo, tantísimo sufrimiento.

Trevor me contó que se había enterado de que Isabella había fallecido algunos años atrás, víctima de un lamentable accidente de tráfico. Estuvo casada con Samuel Parker durante tres años. Luego se separó de él. Tuvieron una única hija a la que pusieron por nombre "Teresita". Varios años después, se casó con otro hombre, tuvo un segundo hijo, y volvió a fracasar. El día del infortunado accidente que le quitó la vida, andaba con su tercer marido. Ambos fallecieron en el mismo suceso.

Estando en el aeropuerto, poco antes del momento previsto para el embarque de nuestro vuelo de regreso, una chica de gran atractivo físico se nos acercó muy sonriente.

—¡Hola! —dijo dirigiéndose a mí— ¿Eres Franklin Díaz, el escritor.

Respondí afirmativamente con un gesto, devolviéndole la sonrisa.

Tenía dos de mis novelas entre sus manos, por lo que supuse que se trataría de alguna de mis múltiples lectoras.

Eché mano de mi pluma esperando que me las dejase para firmarlas, pero no lo hizo.

«Mucho gusto —dijo extendiendo su mano para estrecharla suavemente contra la mía—. Me dijeron que ibas a estar aquí, y no quise perder la oportunidad de conocerte. Me llamo Teresita. Soy la hija de Isabella»

Y después de una pausa muy breve, expresó una simple frase gracias a la cual pude, por fin, comprenderlo todo.

«Y tuya también» —dijo.

- Fin -